

CAP 6

TEOLOGÍA SISTEMÁTICA

Una perspectiva pentecostal

Editado por
Stanley M. Horton

EDICIÓN AMPLIADA

Capítulo 6

Los espíritus creados

Carolyn Denise Baker

Frank D. Macchia

6.1 LOS ÁNGELES

Aunque se menciona a los ángeles en muchos lugares de la Biblia, más frecuentemente en el Nuevo Testamento que en el Antiguo, muchos estarían de acuerdo con Tim Unsworth: “Al parecer, es difícil llegar a tener una idea clara sobre ellos.”¹ Con todo, el examen de estos seres creados nos puede acarrear beneficios espirituales.

Una razón por la cual es muy difícil “llegar a tener una idea clara” sobre los ángeles, es que la teología de los ángeles es incidental a las Escrituras, y no su foco primordial. Los contextos angélicos siempre tienen a Dios o a Cristo como punto de enfoque ([Isaías 6:1–3](#); [Apocalipsis 4:7–11](#)). La mayor parte de las apariciones angélicas son fugaces y sin que haya mediado provocación o predicción. Tales manifestaciones apoyan la verdad; nunca la formulan. “Cuando se les menciona, siempre es para informarnos más acerca de Dios, lo que Él hace y cómo lo hace”², y también lo que Él nos exige.

Es decir, que la insistencia mayor de la Biblia se centra en el Salvador, y no en quienes lo sirven; en el Dios de los ángeles, y no en los ángeles de Dios. Aunque se escoja a los ángeles como método ocasional de revelación, ellos nunca constituyen el mensaje. No obstante, el estudio de los ángeles puede constituirse en un reto, no sólo para la mente, sino también para el corazón. Aunque se menciona a los ángeles un buen número de veces, tanto en el Antiguo Testamento como en el Nuevo, “para decirlo de manera abrupta, la mayor parte del tiempo no son nada que nos concierna. Lo que realmente nos concierna es aprender a amar a Dios y a nuestro prójimo. La caridad. La santidad. He aquí toda la labor que nos ha sido preparada.”¹

En realidad, la vieja pregunta de los escolásticos que sirve también como ejercicio de lógica, esto es, “¿Cuántos ángeles pueden bailar sobre la

cabeza de un alfiler”, es en realidad irrelevante, porque no transforma la personalidad de nadie.² Con todo, el estudio de los ángeles puede estimular valores cristianos como los siguientes:

1. **Humildad.** Los ángeles son seres cercanos a Dios y, sin embargo, sirven a los creyentes la mayor parte de las veces de maneras invisibles, algunas desconocidas por nosotros. Son ejemplos puros de servicio humilde, que busca sólo la gloria de Dios y el bien de los demás. Personifican lo que puede ser el servicio del cristiano.
2. **Confianza, seguridad y calma.** En momentos de desesperación, Dios asigna a estos poderosos seres para que asistan a los más débiles entre los creyentes. Debido a esto, la calma y la seguridad pueden caracterizar nuestra vida cristiana.
3. **Responsabilidad cristiana.** Tanto Dios como los ángeles son testigos de las más impías acciones del cristiano (1 Corintios 4:9). ¡Qué gran motivo para que los creyentes se comporten de una manera digna!
4. **Sano optimismo.** Desafiando al mismo maligno, los ángeles buenos decidieron — y siguen decidiendo — servir a los santos propósitos de Dios. En consecuencia, su ejemplo hace plausible el servicio consagrado a un Dios perfecto en este universo imperfecto. En un día futuro, los ángeles mediarán en la expulsión de todos los que sean malvados (Mateo 13:41–42, 49–50). Esto nos anima a un sano optimismo en medio de todas las situaciones de la vida.
5. **Un concepto correcto y cristiano de nosotros mismos.** El ser humano fue creado “poco menor que los ángeles” (Salmo 8:5). Sin embargo, en Cristo, la humanidad redimida queda elevada muy por encima de estos magníficos siervos de Dios y de su pueblo (Efesios 1:3–12).
6. **Un temor reverencial.** Hombres como Isaías y Pedro, y mujeres como Ana y María, “reconocieron todos la santidad cuando apareció en forma angélica, y su reacción fue la adecuada”.³
7. **Participación en la historia de la salvación.** Dios usó ángeles, Miguel y Gabriel en especial, en la historia sagrada, a fin de preparar las cosas para el Mesías. Más tarde, los ángeles proclamaron y adoraron a Cristo en abnegado servicio. Una comprensión correcta de ellos deberá llevar a los creyentes a hacer lo mismo.

Con todo, cada vez que haya una experiencia hoy con los ángeles, las enseñanzas de las Escrituras deberán interpretar dicha experiencia. Cuando

apareció el ángel Gabriel, traía un mensaje que glorificaba a Dios. En cambio, las afirmaciones de José Smith con respecto a la visitación de ángeles condujeron directamente a sendas de error.¹

El estudio de los ángeles es una parte vital de la teología, poseedora de valor tangencial y de consecuencias para otras enseñanzas de la Biblia; por ejemplo, la naturaleza de la Palabra inspirada de Dios, puesto que los ángeles mediaron la ley dada a Moisés ([Hechos 7:38, 53](#); [Gálatas 3:19](#); [Hebreos 2:2](#));² la naturaleza de Dios, puesto que los ángeles asisten al Dios santo del universo; y la naturaleza de Cristo y el final de los tiempos,³ puesto que los ángeles están incluidos en los acontecimientos, tanto de la primera venida de Cristo, como de la segunda.

6.1.1 Las opiniones sobre los ángeles a lo largo de la historia

En las tradiciones paganas (algunas de las cuales influyeron en el judaísmo tardío), los ángeles eran considerados seres divinos algunas veces, y otras, fenómenos naturales. Eran seres que hacían buenas obras a favor de la gente, o eran las mismas personas que hacían las buenas obras. Esta confusión se refleja en el hecho de que, tanto la palabra hebrea *mal'ak* como la palabra griega *ánguelos* tienen dos significados. El significado básico es en ambos casos el de “mensajero”; pero ese mensajero, según cuál sea el contexto, puede ser un mensajero humano ordinario, o un mensajero celestial; un ángel.

Algunos, apoyándose en la filosofía evolucionista, afirman que la idea de los ángeles está presente desde el comienzo de la civilización. “Es posible que el concepto de los ángeles haya evolucionado desde los tiempos prehistóricos, en los cuales los humanos primitivos salieron de sus cuevas y comenzaron a mirar al cielo ... La voz de Dios no era ya el gruñido de la selva, sino el tronar del cielo.”¹ Supuestamente, esto evolucionó en la idea de unos ángeles que servían a la humanidad como mediadores de Dios. Sin embargo, el conocimiento de los ángeles nos llegó solamente por medio de la revelación divina.

Más tarde, los asirios y los griegos les pusieron alas a algunos seres semidivinos. Hermes tenía alas en los talones. Eros, “el veloz espíritu volador del amor apasionado”, las tenía unidas a los hombros. Añadiendo una idea juguetona, los romanos inventaron a Cupido, el dios del amor erótico, representado como un travieso chiquillo que lanzaba invisibles flechas de amor para alentar los romances de la humanidad.² Platón (alrededor de 427–347 a.C.), habló también de unos eficientes ángeles guardianes.

Las Escrituras hebreas sólo les dan nombre a dos de los ángeles que mencionan: Gabriel, que iluminó el entendimiento de Daniel ([Daniel 9:21–27](#)), y el arcángel Miguel, el protector de Israel ([Daniel 12:1](#)).

La literatura apocalíptica judía extrabíblica, como el libro de Enoc (105–64 a.C.), reconoce también que los ángeles asistieron en la entrega de la ley mosaica. Además, el libro apócrifo de Tobías (200–250 a.C.) inventa un arcángel llamado Rafael, quien ayuda repetidamente a Tobías en las situaciones difíciles. En realidad, sólo hay un arcángel (ángel jefe): Miguel ([Judas 9](#)). Más tarde aún, Filón (de alrededor de 20 a.C. a alrededor de 42 d.C.), el filósofo judío alejandrino, describiría a los ángeles como mediadores entre Dios y la humanidad. Los ángeles, criaturas subordinadas, habitaban en los aires como “sirvientes de los poderes de Dios. [Eran] almas incorpóreas ... total y absolutamente inteligentes ... [con] pensamientos puros”.³

Durante el período del Nuevo Testamento, los fariseos creían que los ángeles eran seres sobrenaturales que nos comunicaban con frecuencia la voluntad de Dios ([Hechos 23:9](#)). En cambio, los saduceos, bajo la influencia de la filosofía griega, decían que “no hay resurrección, ni ángel, ni espíritu” ([Hechos 23:8](#)). Para ellos, los ángeles eran poco más que los “buenos pensamientos y sentimientos” del corazón humano.⁴

Durante los primeros siglos después de Cristo, los padres de la Iglesia dijeron poco acerca de los ángeles. La mayor parte de la atención estaba dedicada a otros temas, en especial a la naturaleza de Cristo. No obstante, todos ellos creían en la existencia de los ángeles. Ignacio de Antioquía, uno de los primeros padres de la Iglesia, creía que la salvación de los ángeles dependía de la sangre de Cristo. Orígenes (182–251) los declaró sin pecado, diciendo que si era posible que cayera un ángel, entonces también era posible que un demonio fuera salvo. Esto último terminó siendo rechazado por los concilios eclesiásticos.¹

Alrededor del año 400, Jerónimo (347–420) creía que se les concedían ángeles guardianes a los seres humanos al nacer. Más tarde, Pedro Lombardo (alrededor de 1100–1160) añadiría que un solo ángel podía guardar a muchas personas al mismo tiempo.²

Dionisio Areopagita (alrededor del año 500) contribuyó con el estudio más notable de este período. Describió al ángel como “una imagen de Dios, una manifestación de la luz inmanifestada, un espejo puro, lo que es más claro, sin defecto, incontaminado e inmaculado”.³ Como Ireneo cuatro siglos antes (alrededor de 130–195), también formuló hipótesis

relacionadas con una jerarquía angélica.⁴ Más tarde, Gregorio Magno (540–604) les atribuiría a los ángeles el mando sobre cuerpos celestiales.

En los albores del siglo dieciocho, los ángeles se convirtieron en sujeto de gran especulación. Las más importantes fueron las cuestiones suscitadas por el teólogo italiano Tomás de Aquino (1225–1274). Siete de sus 118 conjeturas investigaban aspectos como los que siguen: ¿De qué está compuesto el cuerpo de un ángel? ¿Hay más de una especie de ángeles? Cuando los ángeles toman forma humana, ¿ejercitan las funciones vitales? ¿Sabían los ángeles si es de mañana o de tarde? ¿Pueden entender muchos pensamientos al mismo tiempo? ¿Conocen nuestros pensamientos secretos? ¿Pueden hablar entre sí?⁵

Probablemente las más descriptivas de todas sean las pinturas de los artistas del Renacimiento, quienes pintaron a los ángeles como menores “a la figura del hombre ... infantiles tocadores de arpa y de trompeta [que estaban] muy distantes de la imagen de Miguel Arcángel”. Pintarrajeados como “querubines rechonchos, abundantes en colesterol, vestidos con unos pocos paños de tela estratégicamente colocados”,¹ eran usados con frecuencia como marco decorativo de muchas pinturas.

La cristiandad medieval asimiló este conjunto de especulaciones y, como consecuencia, comenzó a incluir el culto a los ángeles en su liturgia. Esta aberración fue en aumento, y el papa Clemente X (quien fue papa entre los años 1670 y 1676) proclamó una festividad para honrar a los ángeles.²

A pesar de los excesos del catolicismo romano, la cristiandad reformada siguió insistiendo en que los ángeles ayudan al pueblo de Dios. Juan Calvino (1509–1564) creía que “los ángeles son los dispensadores y administradores de la beneficencia de Dios a favor nuestro ... Ellos velan por nuestra seguridad, toman sobre sí nuestra defensa, guían nuestros pasos y cuidan de que no recaiga sobre nosotros daño alguno”.³

Martín Lutero (1483–1546) habla en términos similares en sus *Charlas de Sobremesa*. Hace notar cómo estos seres espirituales creados por Dios sirven a la Iglesia y al *reino*, al estar muy cerca de Dios y del cristiano. “Están ante el rostro del Padre, cercanos al sol, pero sin esfuerzo alguno [pueden] venir rápidamente en nuestra ayuda.”⁴

En los albores de la Era del Racionalismo (alrededor del siglo diecinueve), se puso seriamente en duda la posibilidad de lo sobrenatural, y cayeron en tela de juicio las enseñanzas de la Iglesia históricamente

aceptadas. Como consecuencia, algunos escépticos comenzaron a calificar a los ángeles de “personificaciones de energías divinas, o de principios buenos y malos, o de enfermedades e influencias naturales”.⁵

Alrededor de 1918, algunos eruditos judíos comenzaron a hacer eco a esta voz liberal, diciendo que los ángeles no eran válidos porque no eran necesarios. “Un mundo de leyes y procesos no necesita una escalera viviente que conduzca más allá de la tierra hasta Dios en las alturas.”¹

Esto no conmovió la fe de los evangélicos conservadores. Ellos han seguido apoyando la validez de los ángeles.²

6.1.2 El consenso en el escenario moderno

Posiblemente fuera el teólogo liberal Paul Tillich (1886–1965) quien propusiera la opinión más radical del período moderno. Él consideraba a los ángeles como esencias platónicas: emanaciones de Dios, quien deseaba hacer algo más que revelarse a la humanidad. Creía que, en realidad, los ángeles querían regresar a la esencia divina de la que procedían, y ser nuevamente iguales a Él. Entonces, éste es el consejo de Tillich: “Para interpretar el concepto de los ángeles de una forma que sea significativa hoy, interpretémoslos como las esencias platónicas, como los poderes del ser, y no como seres especiales. Si los interpretamos de esta última forma, todo se convierte en una burda mitología.”³

Sin embargo, Karl Barth (1886–1968) y Millard Erickson (1932–), han animado a un punto de vista opuesto, lleno de sana precaución. Barth, padre de la neo-ortodoxia, calificó este tema como “el más notable y difícil de todos”. Reconoció el dilema del intérprete: ¿Cómo se podía “avanzar sin volverse temerario”; ser “a un tiempo abierto y cauteloso, crítico e ingenuo, lúcido y modesto?”⁴

Erickson, teólogo conservador, hizo una enmienda a este sentimiento de Barth, añadiendo la observación de cómo alguien se puede sentir tentado a omitir o descuidar el tema de los ángeles, y, sin embargo, “si nos consideramos fieles estudiosos de la Biblia, no tenemos más opción que hablar de estos seres”.⁵

A pesar de esto, en los escritos populares acerca de los ángeles ha existido cierto extremismo. El interés en estos seres ha sido reanimado, pero con frecuencia a partir de ideas dudosas o ajenas a la Biblia. Por ejemplo, una persona afirma recibir inmenso consuelo de los ángeles, diciendo: “Yo hablo frecuentemente con mi ángel custodio. Esto me ayuda

a aclarar las cosas.” Otros afirman haber recibido visitas personales y protección de parte de ángeles, o los describen de una forma que parece convertirlos en mayordomos celestiales dedicados a servir a los cristianos en sus caprichos.¹ Algunos afirman que los ángeles “ministran de acuerdo con la Palabra de Dios ... [y su única] limitación parece ser la deficiencia de la Palabra en la boca de los creyentes a los que les ministran”.²

6.1.3 Las evidencias bíblicas

“Sólo existe una manera de desmitologizar las fantasías populares acerca de los ángeles: volver a la realidad bíblica.”³

Los ángeles disfrutan de una razón para su propia existencia, que todos los seres con volición pueden experimentar. Adoran a Dios y le sirven. En general, su razón de ser, reflejada en los términos hebreo y griego traducidos como “ángel” (*mal'ak* y *ánguelos*, “mensajero”), es ser portadores del mensaje de las palabras y las obras divinas.

Por consiguiente, los ángeles son ante todo servidores de Dios. También sirven a los humanos, como resultado directo de su servicio a Dios. Aunque las Escrituras los reconocen como “espíritus ministradores, enviados para servicio a favor de los que serán herederos de la salvación” ([Hebreos 1:14](#)), son, con todo, “espíritus enviados” por Dios ([Apocalipsis 22:16](#)).

El lenguaje utilizado por las Escrituras afirma también de manera implícita que son siervos de Dios. Se les llama “el ángel de Jehová” (cuarenta y nueve veces), “el ángel de Dios” (dieciocho veces) y “los ángeles del Hijo del Hombre” (siete veces). Dios los llama específicamente “mis ángeles” (tres veces) y las personas se refieren a ellos llamándolos “sus ángeles” (doce veces).¹ Por último, cuando aparece solo el término “ángeles”, el contexto indica normalmente de quiénes son. Le pertenecen a Dios.

Todos los ángeles fueron creados a un mismo tiempo; es decir, la Biblia no da indicación alguna de un programa de creación progresiva de ángeles (ni de cosa alguna). Fueron formados por Cristo y para Él cuando “él mandó, y fueron creados” ([Salmo 148:5](#); véanse también [Colosenses 1:16–17](#); [1 Pedro 3:22](#)). Además de esto, puesto que los ángeles “ni se casan, ni se dan en casamiento” ([Mateo 22:30](#)), son un conjunto completo, sin necesidad de reproducción.

Como seres creados, son perdurables pero no eternos. Sólo Dios no ha

tenido principio ni tendrá fin (1 Timoteo 6:16). Los ángeles tuvieron un principio, aunque no conocerán final, porque están presentes en la nueva Jerusalén y en la era eterna (Hebreos 12:22; Apocalipsis 21:9, 12).

Los ángeles tienen una naturaleza exclusiva suya; son superiores a los humanos (Salmo 8:5), aunque inferiores al Jesús encarnado (Hebreos 1:6). La Biblia destaca las siete realidades siguientes acerca de ellos:

1. *Los ángeles son reales, pero no siempre son visibles (Hebreos 12:22).* Aunque Dios les dé ocasionalmente una forma humana visible (Génesis 19:1–22), son espíritus (Salmo 104:4; Hebreos 1:7, 14). En los tiempos bíblicos, algunas veces las personas experimentaban los efectos de la presencia de un ángel, sin verlo (Números 22:21–35). En otras ocasiones sí veían al ángel (Génesis 19:1–22; Jueces 2:1–4; 6:11–22; 13:3–21; Mateo 1:20–25; Marcos 16:5; Lucas 24:4–6; Hechos 5:19–20).² Además de esto, era posible ver ángeles sin identificarlos como tales (Hebreos 13:2).

2. *Los ángeles adoran, pero no han de ser adorados.* “Son únicos entre las criaturas, pero siguen siendo criaturas.”³ Responden dando adoración y alabanza a Dios (Salmo 148:2; Isaías 6:1–3; Lucas 2:13–15; Apocalipsis 4:6–11; 5:1–14) y a Cristo (Hebreos 1:6). Por consiguiente, los cristianos no deben exaltar a los ángeles (Apocalipsis 22:8–9); los cristianos imprudentes que lo hagan, estarán privándose de su premio (Colosenses 2:18).

3. *Los ángeles sirven, pero no son servidos.* Dios los envía como agentes para ayudar a las personas; sobre todo, a los suyos (Éxodo 14:19; 23:23; 32:34; 33:2–3; Números 20:16; 22:22–35; Jueces 6:11–22; 1 Reyes 19:5–8; Salmos 34:7; 91:11; Isaías 63:9; Daniel 3:28; Hechos 12:7–12; 27:23–25; Hebreos 13:2). Los ángeles también median en el juicio de Dios (Génesis 19:22; véanse también 19:24; Salmo 35:6; Hechos 12:23) y en sus mensajes (Jueces 2:1–5; Mateo 1:20–24; Lucas 1:11–38).¹ No obstante, nunca se ha de servir a los ángeles, porque son iguales a los cristianos de una manera muy importante: ellos también son “consiervos nuestros” (Apocalipsis 22:9).

4. *Los ángeles acompañan a la revelación, pero no la sustituyen, ni parcial ni totalmente.* Dios los usa, pero ellos no son la meta de la revelación divina (Hebreos 2:2ss). En el primer siglo surgió una herejía que exigía falsa “humildad y culto a los ángeles” (Colosenses 2:18). Aunque comprendía un “duro trato del cuerpo”, no hacía nada por restringir “los apetitos de la carne” (Colosenses 2:23). Su filosofía hacía resaltar las falsas ideas de que (a) los cristianos son inferiores en su capacidad para

acercarse personalmente a Dios; (b) los ángeles tienen una capacidad superior para hacerlo; y (c) se les debe veneración porque intervienen a favor nuestro.² Pablo responde a esto con un himno en el que glorifica a Cristo, quien es la fuente de nuestra gloria futura ([Colosenses 3:1-4](#)).

5. *Los ángeles saben mucho, pero no lo saben todo.* La profundidad de conocimiento que tienen se la imparte Dios; no es innata ni infinita. Aunque su sabiduría sea vasta ([2 Samuel 14:20](#)), su conocimiento es limitado: no conocen el día de la segunda venida de nuestro Señor ([Mateo 24:36](#)), ni toda la magnitud de la salvación de los humanos ([1 Pedro 1:12](#)).

6. *El poder angélico es superior, pero no supremo.* Dios se limita a conceder su poder a los ángeles, por ser agentes suyos. Por tanto, los ángeles son “mayores en fuerza y en potencia” que las personas ([2 Pedro 2:11](#)). Como “poderosos en fortaleza, que ejecutan su palabra” ([Salmo 103:20](#)), “los ángeles de su poder” median en los juicios definitivos de Dios sobre el pecado ([2 Tesalonicenses 1:7](#); [Apocalipsis 5:2, 11](#); [7:1-3](#); [8:2-13](#); [9:1-15](#); [10:1-11](#); [14:6-12, 15-20](#); [15:1-8](#); [16:1-12](#); [17:1-3, 7](#); [18:1-2, 21](#); [19:17-18](#)). Con frecuencia, Dios usa a los ángeles en poderosas liberaciones ([Daniel 3:28](#); [6:22](#); [Hechos 12:7-11](#)) y sanidades ([Juan 5:4](#)).¹ Además, será un ángel quien lanzará al abismo al principal y más poderoso de los enemigos del cristiano, para encadenarlo en él por mil años ([Apocalipsis 20:1-3](#)).

7. *Los ángeles toman decisiones.* La desobediencia de un grupo implica la capacidad para decidir y para influir sobre los demás con la maldad ([1 Timoteo 4:1](#)). Por otra parte, la negación del ángel bueno a recibir la adoración de Juan ([Apocalipsis 22:8-9](#)) implica la capacidad de decidir, y de influir sobre los demás con el bien.² Aunque los ángeles buenos respondan con obediencia a los mandatos de Dios, no son autómatas. Al contrario: han decidido consagrarse a obedecerle con un intenso ardor.

El número de los ángeles es inmenso: “muchos millares” ([Hebreos 12:22](#)) y “millones de millones” ([Apocalipsis 5:11](#)).³ Jesús expresó la misma idea cuando dijo: “¿Acaso piensas que no puedo ahora orar a mi Padre, y que él no me daría más de doce legiones de ángeles?” ([Mateo 26:53](#)).⁴

Algunos intérpretes consideran que existe una jerarquía de ángeles con cinco niveles, donde los ángeles de rango inferior estarían sometidos a aquéllos situados en posiciones superiores: “tronos”, “potestades”, “principados”, “autoridades” y “dominios” ([Romanos 8:38](#); [Efesios 1:21](#); [Colosenses 1:16](#); [2:15](#); [1 Pedro 3:22](#)). Sin embargo, a juzgar por los

contextos, esto es dudoso. Lo que resaltan con claridad estos pasajes no es la sujeción de los ángeles unos a otros, sino la sujeción, tanto de ángeles como de demonios, a Cristo, el Señor de todo (véase [Romanos 8:39](#); [Efesios 1:22](#); [Colosenses 1:16–18](#); [1 Pedro 3:22](#)).¹

Los ángeles trabajan para Dios en obediencia a sus dictados; nunca fuera de ellos. “¿No son todos espíritus ministradores, enviados para servicio a favor de los que serán herederos de la salvación?” ([Hebreos 1:14](#)). Son “enviados”. Dios les ordena realizar sus actividades concretas ([Salmos 91:11](#); [103:20–21](#)),² porque son siervos suyos ([Hebreos 1:7](#)).

Aunque los ángeles son enviados a servirnos, ese servicio (gr. *diakonía*) es primordialmente una ayuda, un alivio y un apoyo de tipo espiritual; no obstante, puede incluir también actos palpables de amor. El verbo correspondiente (*diekónun*) se usa para hablar del cuidado sobrenatural brindado por los ángeles a Jesús después de tentarlo Satanás ([Mateo 4:11](#)). Tenemos otros ejemplos de circunstancias en que Dios envía a los ángeles para ayudar o aliviar a los creyentes, en los ángeles que estaban junto a la tumba ([Mateo 28:2–7](#); [Marcos 16:5–7](#); [Lucas 24:4–7](#); [Juan 20:11–13](#)) y en la liberación angélica de los apóstoles ([Hechos 5:18–20](#); [12:7–10](#); [27:23–26](#)). Fue también un ángel quien le dio instrucciones a Felipe, porque Dios había visto la fe y el anhelo de un eunuco etíope y quería que se convirtiera en heredero de la salvación ([Hechos 8:26](#)). Un ángel le llevó el mensaje de Dios a Cornelio también, para que pudiera ser salvo ([Hechos 10:3–6](#)). Estos ministerios fueron enviados en la providencia de Dios.³ En cambio, no hay ningún caso en el que exista evidencia alguna de que los creyentes puedan exigir ayuda de los ángeles, o darles órdenes. Sólo Dios puede darles órdenes, y sólo Él lo hace.

Además de los seres llamados ángeles de manera específica, el Antiguo Testamento habla de seres similares, clasificados con frecuencia junto con ellos: querubines, serafines y mensajeros (“vigilantes”, [RV](#)).

Los querubines y serafines responden a la presencia inmediata de Dios. Los querubines (heb. *k'ruvim*, relacionado con un verbo acadio que significa “bendecir, alabar, adorar”) siempre están asociados con la santidad de Dios y la adoración que inspira su presencia inmediata ([Éxodo 25:20, 22](#); [26:31](#); [Números 7:89](#); [2 Samuel 6:2](#); [1 Reyes 6:29, 32](#); [7:29](#); [2 Reyes 19:15](#); [1 Crónicas 13:6](#); [Salmos 80:1](#); [99:1](#); [Isaías 37:16](#); [Ezequiel 1:5–26](#); [9:3](#); [10:1–22](#); [11:22](#)). Su gran preocupación es proteger la santidad de Dios; ellos fueron los que impidieron que Adán y Eva volvieran a entrar en el huerto ([Génesis 3:24](#)).¹

Las excavaciones en el Oriente Medio han sacado a luz imágenes semejantes a querubines, con rostro humano y cuerpo animal, cuatro patas y dos alas. Dichas imágenes aparecen repetidamente en la mitología y la arquitectura del Oriente Medio.² Dos figuras talladas en forma de querubines de oro fueron fijadas a la cubierta de expiación (“propiciatorio”, RV) del arca del pacto, de tal forma que sus alas eran un “refugio” para el arca, y un apoyo (“carro”) para el trono invisible de Dios (1 Crónicas 28:18).

En Ezequiel, los querubines son criaturas altamente simbólicas, con características humanas y animales, con dos rostros (Ezequiel 41:18–20) o cuatro (Ezequiel 1:6; 10:14).³ En la visión inaugural de Ezequiel, el trono de Dios se halla por encima de los querubines con sus cuatro rostros. Se menciona primero el rostro del hombre, por ser la más alta de las criaturas de Dios; después, el rostro del león, representativo de los animales salvajes; el del buey, representativo de los animales domésticos; y el del águila en representación de las aves, con lo que se describe el hecho de que Dios se encuentra por encima de toda su creación. Los querubines también tienen pezuñas (Ezequiel 1:7), y el rostro de buey es el verdadero rostro del querubín (Ezequiel 10:14). Algunas veces se describe a Dios cabalgando sobre ellos como “sobre las alas del viento” (2 Samuel 22:11; Salmo 18:10).

Los serafines (del hebreo *saraf*, “quemar”) se describen en la visión inaugural de Isaías (Isaías 6:1–3) como tan radiantes con la gloria y la brillante pureza de Dios, que parecen arder. Declaran la gloria única de Dios y su santidad suprema.⁴ Como los querubines, los serafines guardan el trono de Dios (Isaías 6:6–7).⁵ Algunos eruditos creen que las “criaturas vivientes” (Apocalipsis 4:6–9) son sinónimo de los serafines y querubines; no obstante, los querubines de Ezequiel son semejantes entre sí, mientras que las “criaturas vivientes” del Apocalipsis son distintas.¹

Sólo se menciona a los “mensajeros” o “vigilantes” (arameo *irim*, término relacionado con el hebreo *ur*, “estar despierto”)² en Daniel 4:13, 17, 23. Son “seres santos” que son ardientes promotores de los soberanos decretos de Dios, y que demostraron el soberano dominio de Dios sobre Nabucodonosor.

Otra expresión especial del Antiguo Testamento es “el ángel de Jehová” (*mal’ak YHWH*). En muchas de las sesenta veces en que aparece “el” ángel de Jehová en el Antiguo Testamento, se lo identifica con Dios mismo (Génesis 16:11; véanse 16:13; 18:2; véanse 18:13–33; 22:11–18; 24:7; 31:11–13; 32:24–30; Éxodo 3:2–6; Jueces 2:1; 6:11, 14; 13:21–22).

Sin embargo, este “ángel de Jehová” también es distinguible de Dios, porque Dios le habla (2 Samuel 24:16; 1 Crónicas 21:15), y el ángel le habla a Dios (Zacarías 1:12).³ Así que, en la opinión de muchos, “el” ángel de Jehová ocupa una categoría única. “No es simplemente un ángel más alto, ni siquiera el más alto: es el Señor mismo, que aparece de forma angélica.” Puesto que no se menciona al ángel en el Nuevo Testamento, es probable que fuese una manifestación de la Segunda Persona de la Trinidad.⁴ Algunos objetan, afirmando que cualquier manifestación preencarnada de Jesús destruiría la exclusividad de la encarnación. Sin embargo, en su encarnación, Jesús se identificó plenamente con la humanidad desde el nacimiento hasta la muerte, e hizo posible nuestra identificación con Él en su muerte y resurrección. Ninguna manifestación preencarnada temporal podría impedir que esto fuera algo único en la historia.

Los ángeles obran en la vida de Cristo. En la eternidad pasada, los ángeles adoraron a Cristo (Hebreos 1:6). Ellos mismos profetizaron y anunciaron su nacimiento (Mateo 1:20–24; Lucas 1:26–28; 2:8–20), lo protegieron en su infancia (Mateo 2:13–23) y fueron testigos de su vida encarnada (1 Timoteo 3:16). Ellos también lo acompañarán en su regreso visible (Mateo 24:31; 25:31; Marcos 8:38; 13:27; Lucas 9:26; 2 Tesalonicenses 1:7).

Durante su vida en la tierra, Jesús deseó tener algunas veces la ayuda de los ángeles. Agradeció la ayuda de los ángeles después de las tentaciones en el desierto (Mateo 4:11) y durante su agonía en Getsemaní (Lucas 22:43). Ellos acompañaron tanto su resurrección (Mateo 28:2, 5; Lucas 24:23; Juan 20:12), como su ascensión (Hechos 1:11). Sin embargo, hubo ocasiones en que rechazó su ayuda. Durante sus tentaciones en el desierto, se negó a una posible apropiación indebida de su poder protector (Mateo 4:6), y más tarde se negó a que lo rescataran del juicio y la crucifixión que le esperaban (Mateo 26:53).¹

Los ángeles obran en la vida de las personas. Protegen a los creyentes de daños, especialmente cuando este tipo de ayuda es necesario para que continúe la proclamación del evangelio (Hechos 5:19–20; 12:7–17; 27:23–24; véase 28:30–31). Ayudan al Espíritu Santo, pero nunca lo reemplazan en su papel en la salvación, y en la proclamación de Cristo por parte del creyente (Hechos 8:26; 10:1–8; véase 10:44–48). Los ángeles pueden ayudar al creyente en sus necesidades físicas externas, mientras que el Espíritu Santo lo ayuda con la iluminación interna.

Aunque los ángeles escoltan a los justos hasta el lugar de su

recompensa (Lucas 16:22), serán los cristianos, y no los ángeles, quienes compartirán con Cristo su dominio sobre el mundo del porvenir (Hebreos 2:5). Serán también los creyentes quienes evaluarán la actuación de los ángeles (1 Corintios 6:3). Hasta entonces, los discípulos de Cristo deben vivir y adorar con cuidado, de manera que no ofendan a estos observadores celestiales (1 Corintios 4:9; 11:10; 1 Timoteo 5:21).

Los ángeles obran en la vida de los incrédulos. Hay gozo en la presencia de los ángeles cuando se arrepienten los pecadores (Lucas 15:10); pero serán los ángeles quienes mediarán cuerdamente el juicio definitivo de Dios sobre los humanos que rechacen a Cristo (Mateo 13:39-43; Apocalipsis 8:6-13; 9:1-21; 14:6-20; 15:1, 6-8; 16:1-21; 18:1-24; 19:1-21; véase 20:2, 10, 14-15).

En el pasado, los ángeles anunciaron el nacimiento de Cristo, alterando la historia humana para siempre. En el presente, su protección nos da seguridad. La manera en que desterrarán por siempre a la maldad forma parte de nuestra victoria futura. Con el Padre a favor de nosotros, Cristo sobre nosotros, el Espíritu dentro de nosotros y los ángeles junto a nosotros, tenemos motivos para sentirnos animados a esforzarnos por ganar el premio que ha sido puesto ante nosotros.

6.2 SATANÁS Y LOS DEMONIOS

Al amanecer del 28 de diciembre de 1843, el pastor Johann Blumhardt se sentía exhausto, al final de una vigilia de toda la noche en la que había orado fervorosamente por la sanidad y liberación de Gottlieben Dittus, una joven fuertemente atormentada por espíritus malignos. Gottlieben había acudido a pastor Blumhardt meses antes, quejándose de que padecía de desmayos y de que oía voces y ruidos extraños por la noche. Al principio, él había tratado de ayudarla por medio de la consejería pastoral. Sin embargo, mientras más tiempo pasaba con ella, más violentos se volvían sus síntomas y sus tormentos. Al investigar la vida de Gottlieben, descubrió que a edad muy temprana, una malvada tía suya había abusado de ella y la había consagrado a Satanás, además de enredarla en el ocultismo.

En una de las sesiones del pastor Blumhardt con Gottlieben, ella había comenzado a tener convulsiones, contorsionándose y echando espuma por la boca. En aquel momento, el pastor Blumhardt se convenció de que algo demoniaco estaba obrando en ella. Saltó de su asiento y dijo con fuerte voz: “¡Hemos visto lo que puede hacer Satanás; ahora queremos ver lo que puede hacer Jesús!” Obligó a Gottlieben a unir las manos y la hizo orar repitiendo sus palabras: “¡Jesús, ayúdame!” Los síntomas se calmaron,

pero la batalla por la liberación de Gottlieben no había terminado aún.

Blumhardt no podía tolerar el ver a aquella mujer atormentada por las fuerzas de las tinieblas. Surgió en él una ardiente pregunta: “¿Quién es el Señor?” Antes de esto, el pastor Blumhardt siempre había ido a Gottlieben para orar por su liberación. Sin embargo, después de numerosas sesiones de oración, Gottlieben había decidido por vez primera ser ella quien acudiera a la casa del pastor Blumhardt para orar, una señal evidente de que quería la liberación. Poco después, el pastor Blumhardt se encontraba al final de la vigilia de oración de toda la noche que mencionamos anteriormente. De pronto, en el momento en que comenzaba a salir el sol en aquella mañana de diciembre de 1843, un demonio gritó: “¡Jesús es el Vencedor!” Gottlieben había quedado totalmente liberada.

A partir de aquel momento, Gottlieben pudo llevar una vida normal. Se casó, tuvo hijos y se convirtió en miembro activo del centro de retiros fundado por los Blumhardt en Bad Boll, cerca de Stuttgart, en el sur de Alemania.¹ En esta experiencia de exorcismo, Blumhardt aprendió algo nuevo acerca del poder del reino de Dios para liberar a las personas, no sólo de su rebelión interna contra Dios, sino también de las fuerzas externas de oscuridad que hay en el mundo, incluyendo la sociedad y el cosmos entero.² Gracias a Blumhardt, teólogos modernos tan diversos como Karl Barth, Jurgen Moltmann y diversos líderes pentecostales europeos han encontrado una renovación de la insistencia bíblica sobre la irrupción del reino de Dios en el mundo para hacer nuevas todas las cosas. El descubrimiento de Blumhardt sobre el poder del evangelio para transformar toda la realidad representó una refrescante alternativa al punto de vista liberal sobre el mal como una simple falta de “conciencia sobre Dios”, o a una simplista limitación pietista del mal a las regiones internas del alma humana. El grito de “¡Jesús es el Vencedor!” que brotó al final del exorcismo se convirtió en un notable impulso para un importante desarrollo de la teología moderna.³

El relato de la batalla sostenida por Blumhardt en su oración por la liberación de Gottlieben suscita una serie de preguntas sobre el ámbito de lo demoniaco a la luz de las Escrituras. Por ejemplo, si Dios es soberano, y Jesús es el Vencedor, ¿por qué tuvo Blumhardt que luchar tan vigorosamente por la libertad de Gottlieben? Para responder a estos interrogantes, es necesario acudir a la Palabra de Dios. Aunque la experiencia juega un papel en la comprensión de la Biblia, las Escrituras representan el tribunal superior de apelaciones en la búsqueda de respuestas relacionadas con Satanás y los demonios.

6.2.1 Satanás y los demonios en el Antiguo Testamento

Los pueblos de las sociedades y culturas antiguas durante el desarrollo de las Escrituras del Antiguo Testamento tendían a sostener una visión del mundo más bien aterradora. Creían que había espíritus y semidioses, unos más malvados que otros, que podían irrumpir a voluntad en la vida diaria de una persona. En diversos ambientes cúltricos se desarrollaron elaborados encantamientos, formas espiritistas de comunicación y rituales mágicos para concederle a la persona común y corriente un elemento de control en este amenazante mundo de actividad espiritual. A un nivel mental más filosófico, muchos de los griegos antiguos abogaban por la existencia de una cadena de seres espirituales con diversos grados de bondad, que funcionaban como intermediarios entre la humanidad y Dios.¹

En contraste con este tipo de orientación religiosa se halla el testimonio exclusivo del Antiguo Testamento a favor de Jehová (es decir, Yahwé), el Señor: este Dios y Creador de todos no sólo es Señor de Israel, sino que es también el Señor de los ejércitos, que reina de manera suprema sobre el universo entero. En la vida, es necesario contender con el Señor, y sólo con Él. Sólo a Él se le debe amar, temer y adorar ([Salmo 139](#); [Isaías 43](#)). Puesto que el Señor es soberano, ningún tipo de comunicación espiritista, o de encantamiento o rito mágico, habría de ocupar un lugar dentro de la fe de Israel ([Isaías 8:19–22](#)). No es posible manipular al Señor. Los seres espirituales que se cernían de manera tan amplia sobre la vida y la religión de otros pueblos antiguos retrocedían hasta casi llegar al olvido, a la luz del Señor soberano y de la Palabra divina para Israel. Los espíritus malignos no eran los señores del universo, ni tampoco podían mediar entre Dios y la humanidad. La demonología no juega un papel significativo en el Antiguo Testamento.

Con todo, esto no quiere decir que no haya un adversario satánico en el Antiguo Testamento.² Se encuentra la presencia de este adversario al principio del Antiguo Testamento, en la tentación de los primeros padres de la humanidad, Adán y Eva, en el huerto del Edén ([Génesis 1–3](#)). Aquí el adversario, bajo la forma de reptil, comienza con una pregunta y continúa con una negación, tentando a Eva a pecar. El mandato dirigido por Dios a Adán y a Eva de no comer del árbol prohibido, porque morirían ([Génesis 2:17](#)), fue transformado por la serpiente en la promesa de que no morirían, sino que, al contrario, se convertirían en iguales a Dios ([Génesis 3:4–5](#)). Observemos que se describe al tentador como una criatura entre las demás, no como un dios que pueda competir de manera alguna con el Señor, el Creador del cielo y de la tierra. Al principio, Adán y Eva no se enfrentan con una lucha entre dos dioses, uno bueno y otro malo. Al

contrario, se les hace escoger entre el mandato de único Dios verdadero y la palabra de una baja criatura que los tienta, y que sólo puede contrariar la voluntad de Dios por medio de la desobediencia de sus siervos. En realidad, parece como si Dios le hubiese permitido al tentador probar la fidelidad de Adán y Eva.

Este adversario aparece de nuevo al principio del libro de Job. Aquí se da a conocer al lector una conversación entre el Señor y el adversario acerca de la fidelidad de Job. El adversario pone en tela de juicio la motivación de Job, y al mismo tiempo, insinúa que Dios se está engañando a sí mismo, y ha obtenido el amor de Job, sólo porque lo está sobornando con bendiciones. Es decir, que el adversario es tan enemigo de Dios como de Job. Sin embargo, el Señor le concede autorización para desatar la tragedia y la enfermedad sobre Job, con el fin de poner a prueba su fidelidad. No obstante, Job no sabe nada acerca del reto hecho por el enemigo. El libro de Job se centra en la búsqueda de Dios que él realiza en medio de sus pruebas, y termina con una dramática aparición del Señor para responder a Job (**Job 38**). A través de una serie de preguntas, el Señor lleva a Job a aceptar el misterio de la soberanía divina sobre el mundo y sobre los asuntos de la vida, por mucha perplejidad que éstos causen. El adversario no aparece con el Señor. En realidad, el adversario no participa más en el libro de Job, una vez que se ha producido la destrucción inicial descrita en los capítulos introductorios. Si Job lucha, no es con el adversario, sino con Dios.

El Antiguo Testamento no contiene un dualismo absoluto de Dios contra Satanás, por medio del cual se estaría manipulando a la persona religiosa desde uno u otro lado de una grandiosa batalla cósmica entre dos fuerzas máximas. Satanás sólo se mueve con permiso del Señor y Creador de todas las cosas, y dentro de los límites establecidos por Él. Sin embargo, Satanás y sus fuerzas de oscuridad no funcionan como simples animales domésticos en la corte celestial del Señor, ni solamente como instrumentos del Señor para probar a la humanidad. No tenemos un monismo, en el cual sólo existe Dios detrás de todos los asuntos de la vida, sin que haya fuerzas opuestas que traten de frustrar su voluntad redentora. Como en la tentación de Adán y Eva, el adversario intenta distorsionar la voluntad de Dios por medio de una mentira. Sin embargo, después que Adán y Eva cayeran en pecado, Dios prometió que la simiente de la mujer le “aplastaría” la cabeza al reptil (**Génesis 3:15**).¹

Además, hay fuerzas siniestras detrás de ciertos gobiernos paganos en el libro de Daniel (por ejemplo, “el príncipe del reino de Persia”), que tratan de impedir la llegada del mensajero angélico hasta Daniel (**Daniel**

10:13). Estas fuerzas de oscuridad libraron con Miguel, el arcángel de Dios, una batalla de la cual Miguel salió triunfante, de manera que Daniel pudo recibir la palabra del Señor. Aunque Daniel no estaba consciente de aquella batalla, y no participó en ella, su libro sí insinúa que, aun cuando los propósitos de Dios son redentores y amorosos, las fuerzas demoniacas tratan de oponerse a Él y a su voluntad divina con respecto a la creación.

6.3 LA VICTORIA DE DIOS SOBRE SATANÁS Y LOS DEMONIOS

En la literatura judía intertestamentaria encontramos una conciencia creciente sobre la hostilidad de Satanás y los demonios contra Dios y la humanidad, lo que lleva a la especulación sobre una influencia del dualismo persa.¹ Sin embargo, en realidad ya existía una conciencia mayor entre los judíos acerca del conflicto espiritual entre los demonios y los propósitos redentores de Dios.

6.3.1 *Satanás y los demonios en el Nuevo Testamento*

Junto con la aparición de Jesucristo como “Dios con nosotros” para traer la salvación al mundo (Mateo 1:21–23), hubo un surgimiento sin precedentes del conflicto con las fuerzas de las tinieblas, seguido por su derrota. Jesús confrontó a sus oyentes con la asombrosa afirmación de que el reino de Dios ya había llegado para aclarar este conflicto y darle un giro decisivo. Afirmó al respecto: “Pero si yo por el Espíritu de Dios echo fuera los demonios, ciertamente ha llegado a vosotros el reino de Dios” (Mateo 12:28). Los numerosos relatos y referencias acerca de Jesús y su actividad de echar fuera demonios (Marcos 1:23–28; 5:1–20; 7:24–30; 9:14–29), así como la acusación por parte de sus enemigos de que estaba echando fuera demonios por el poder de Satanás (Mateo 12:27–28), dejan ver con claridad que Jesús derrotó públicamente a los espíritus demoniacos, y que esto constituía un aspecto de su ministerio. Puesto que Jesús derrotaba a los demonios por el Espíritu de Dios, la acusación de que lo hacía bajo el poder de Satanás estaba en oposición directa con el acto redentor de Dios en Cristo.²

El relato más largo sobre un exorcismo, el del endemoniado gadareno (Marcos 5:1–20), presenta a Jesús respondiendo a la débil petición de misericordia por parte de una “legión” de demonios, lanzando a estos demonios a una piara de cerdos. Entonces, la piara corre enloquecida hasta el lago cercano, para encontrar la muerte. Evidentemente, en lo que se está insistiendo aquí es en el vasto número de demonios derrotados de inmediato por el mismo poder lleno de autoridad con el que Jesús calmó

los mares tormentosos ([Marcos 4:35–41](#), el pasaje inmediatamente anterior al relato del endemoniado gadareno). Aquí se presenta de manera implícita la soberanía de Dios, pero no es una soberanía desprovista de un conflicto y una victoria genuinos.

El acto de Jesús de echar fuera demonios encuentra su centro focal en la derrota de Satanás, el príncipe de las tinieblas, por parte del propio Jesús. En realidad, el ministerio público de Jesús no comenzó hasta después que éste derrotara al adversario en un conflicto inicial y decisivo, con las tentaciones en el desierto ([Mateo 4:1–11](#)). Durante estas tentaciones, Satanás trató en todo momento de hacer que Jesús demostrase su identidad mesiánica de una forma que fuese desobediente a la voluntad del Padre y quebrantase su identificación con la humanidad, que había sido declarada en el momento de su bautismo. Convertir las piedras en pan, lanzarse del pináculo del templo y capturar el poder en los gobiernos del mundo eran tentaciones importantes con las que Satanás quería seducirlo para apartarlo de su verdadera misión mesiánica. Sin embargo, a diferencia del primer Adán, Jesús, el segundo Adán, fue fiel a Dios frente a la seducción y las mentiras de Satanás ([Romanos 5:12–19](#)). Los evangelios indican de manera implícita que la derrota de Satanás es devastadora para todo el reino de las tinieblas, porque atar al “hombre fuerte” (Satanás) le permitió a Jesús “saquear sus bienes” ([Mateo 12:29](#)). Esta victoria sobre Satanás sería cumplida de manera decisiva en la muerte y resurrección de Jesús.

La venida de Jesucristo, el Hijo divino de Dios, para traernos salvación y liberación, aclara la crítica hecha en el Antiguo Testamento sobre los conceptos paganos que hemos mencionado anteriormente acerca de los espíritus malignos. La noción pagana de un mundo invadido de manera caótica por numerosos espíritus, unos peores que otros, queda claramente echada a un lado por la revelación de que todos los espíritus malignos están diametralmente opuestos a Dios y bajo un mismo cabecilla: Satanás, el adversario. La noción espiritista de que muchos de estos espíritus, o todos ellos, podrían ser las almas de los seres humanos fallecidos, queda también desechada. Las fuerzas malignas que se mueven detrás de Satanás en los evangelios no tienen raíces en la raza humana.¹

No debemos negar ni disminuir la importancia de la victoria de Cristo sobre Satanás y los demonios. Ésta representa una comprensión de la Expiación que es muy importante para el Nuevo Testamento ([1 Corintios 2:6–8](#); [Colosenses 2:15](#); [Hebreos 2:14](#)).¹ Esta victoria en la cruz sobre las fuerzas demoniacas fue prefigurada en la observación de Jesús de que veía caer a Satanás del cielo como un rayo durante la primera misión

importante de sus discípulos en el mundo (Lucas 10:18). Más tarde, la proclamación apostólica del evangelio recordaría la actividad de Jesús por el poder del Espíritu para hacer el bien y para sanar “a todos los oprimidos por el diablo” (Hechos 10:38). El mismo Espíritu que obraba a través del ministerio de Jesús, fue derramado sobre los creyentes en el día de Pentecostés (Hechos 2). A partir de entonces, la Iglesia podría actuar como una comunidad mesiánica llena del poder del Espíritu, en la cual las personas podrían encontrarse con el Señor crucificado y resucitado y ser liberadas para llevar una vida dirigida por Dios.

Pablo se refiere a las fuerzas demoniacas derrotadas por Cristo, llamándolas “príncipes de este siglo” (1 Corintios 2:6–8), o “principados y potestades” (Colosenses 2:15). Describe estas fuerzas de las tinieblas por medio de un lenguaje relacionado con las estructuras políticas opresivas. Como ya hemos indicado, el libro de Daniel insinúa que hay fuerzas demoniacas (el “príncipe de Persia” de Daniel 10) que pueden estar obrando en los sistemas políticos opresivos. Ciertamente, las palabras de Jesús sobre los demonios que dejan a una persona sólo para regresar en número mayor a esta vida “limpia” pero vacía, se refieren a la suerte del Israel de sus tiempos, especialmente a la luz de la insistencia de los fariseos en una pureza ritual sin verdadera justicia (Mateo 12:43–45).

Estas realidades no significan que las realidades políticas estén poseídas por demonios en su oposición a Dios, ni que se pueda entender y combatir dicha oposición simplemente dentro del contexto de lo demoniaco. Además de esto, no hay suficiente apoyo bíblico para justificar la suposición simplista y especulativa de que toda región o sistema político tenga su propio demonio. Con todo, ciertamente, el poder corporativo de nuestro mundo en su oposición a Dios, particularmente en su opresión de los pobres y desechados de la sociedad, tiene tras de sí a las fuerzas de las tinieblas.

Por medio de su muerte en la cruz, Jesús destruyó “al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo” y liberó “a todos los que por el temor de la muerte estaban durante toda la vida sujetos a servidumbre” (Hebreos 2:14–15; véase 1 Juan 3:8). “Despojando a los principados y a las potestades, los exhibió públicamente, triunfando sobre ellos en la cruz” (Colosenses 2:15). La cruz, donde Satanás realizó su obra más perversa, demostró convertirse en su destrucción. Cuando Jesús exclamó: “¡Consumado es!”, estaba declarando que se había completado la pasión sufrida por Él para nuestra redención y para lograr una victoria total sobre la muerte y sobre las fuerzas de las tinieblas, encabezadas por Satanás.

Durante los primeros siglos se desarrolló la creencia de que, entre su muerte y resurrección, o bien después de su resurrección y ascensión, Jesús descendió a los infiernos para declarar su victoria total, no sólo sobre la muerte, sino también sobre el poder del diablo y la amenaza de alienación definitiva de Dios que rodea a la muerte. En el año 390, Rufino añadió las palabras “descendió a los infiernos” al Credo de los Apóstoles. Nadie más las incluyó en ninguna otra versión hasta el año 650,¹ aunque es probable que apareciese en el Credo de Atanasio, en el siglo cinco.²

En los tiempos modernos, muchos eruditos creen que hay suficientes evidencias bíblicas para la idea de que la derrota de las fuerzas de la tinieblas por parte de Cristo comprendió realmente su descenso a los infiernos, y que de dichas profundidades surgió victoriosamente en su resurrección para ascender a su lugar a la derecha de poder del Padre.³

Muchos católicos romanos interpretaban antes esto, no como un descenso a los infiernos, sino como un descenso para liberar a los santos del Antiguo Testamento de lo que ellos llamaban un *limbus patrum*, una especie de lugar de descanso donde habían permanecido hasta que la expiación de Cristo estuviera completa.⁴ Este punto de vista limita para muchos la importancia simbólica del descenso como una proclamación de la victoria total de Cristo en la cruz sobre el mal y la desesperación. Calvino interpretaba el descenso de Cristo como una referencia más a sus sufrimientos en la cruz. Sin embargo, como ya hemos observado, la pasión de Cristo por nuestra redención fue completada en la cruz. Lutero consideraba que el descenso significaba que, después de resucitar, Jesús fue a los infiernos en su cuerpo glorificado, unido con su alma, para anunciar su victoria. Sin embargo, la confesión del Nuevo Testamento acerca del descenso parecería colocarlo entre la crucifixión y la resurrección.

Da la impresión de que *hades* (Hechos 2:27) y “abismo” (*ábyssos*, Romanos 10:7) significaban más para las mentes del primer siglo que la simple tumba física. El Nuevo Testamento enseña que el destino de los redimidos por Dios es estar en el cielo con Cristo (2 Corintios 5:8; Filipenses 1:21–24). Como manera de expresar contraste, el *hades*, como el ámbito de los impíos que han muerto, es asociado, al menos en su destino, con el lugar de castigo definitivo, el lago de fuego (Apocalipsis 20:14). La profundidad, o abismo (*ábyssos*), es asociada también con la alienación respecto a Dios (Romanos 10:7; véase también Apocalipsis 20:1–3).

Algunos consideran el descenso de Cristo a “las partes más bajas de la

tierra” (Efesios 4:9) como una referencia a la misma declaración de victoria sobre las fuerzas demoniacas de la que hablamos anteriormente.¹ La metáfora que usa Pablo parece ser la de una marcha triunfal de victoria, una descripción adecuada de la resurrección.² Por tanto, los “cautivos” que Jesús llevó consigo (Efesios 4:8) podrían ser una referencia al enemigo. La entrega de dones a las personas completaría la metáfora, al referirse a la costumbre de repartir los despojos de guerra con los vencedores.

No es seguro que la predicación de Cristo a los “espíritus encarcelados”,¹ por medio del Espíritu, sea también una referencia al descenso al *Hades* (1 Pedro 3:18–20).² Algunos piensan que el contexto del pasaje y las palabras que utiliza sugieren cuál fue la actividad de Cristo entre su muerte y su resurrección.³ Sin embargo, debemos ser cautos, no vaya a ser que saquemos de este pasaje conclusiones que vayan más allá del hecho de que la victoria de Cristo en la cruz penetró todas las dimensiones de la realidad, incluso el ámbito de desespero y rebelión del *hades*.⁴

La falta de claridad o de elaboración en los pasajes del Nuevo Testamento a los que nos hemos referido nos debería alertar contra la creación de elaborados escenarios de batallas entre Jesús y los demonios del infierno, y victorias sobre ellos, o contra las especulaciones elaboradas acerca del ámbito de los muertos en los tiempos de Cristo.⁵ También nos debe alertar contra el dogma del universalismo, que simplemente da por supuesta la liberación de todos los muertos del Hades. El descenso de Cristo al Hades tiene un lugar en la confesión cristiana, solamente como recuerdo de que Dios venció a las fuerzas de las tinieblas y a todos los abismos de desesperación posibles por medio de la muerte y resurrección de Jesucristo. Si Dios no abandonó a Jesucristo, las primicias de la redención, en las garras de la muerte y del Hades, este mismo Dios no abandonará tampoco a los redimidos (1 Corintios 15:20–28).

Algunos han asociado el papel de Satanás como adversario, con el papel de la ley en la condenación de los pecadores y en la revelación de su incapacidad para ser salvos sin la gracia de Dios. Gálatas 4:3 se refiere a la esclavitud anterior de los gálatas a “los rudimentos del mundo”. Entonces traducen el término que traducimos “rudimentos” (*stojíeia*) como “espíritus elementales”, con el pensamiento de que el intento de autojustificación de los judíos por medio de la ley, y la adoración de las divinidades cósmicas por parte de los paganos, eran ambas formas de esclavitud a los espíritus demoniacos (Gálatas 4:8–9).¹ No obstante, no existe evidencia alguna de que haya nada demoniaco tras el término

stojíeia en Gálatas 4. Algunos han alegado que lo más probable es que Pablo usara este término para referirse a las enseñanzas religiosas usadas por la humanidad pecadora en un esfuerzo por obtener la salvación a través de las obras.²

Aun cuando Pablo no implique directamente a los espíritus demoniacos en el contexto de la esclavitud a dicha rebelión humana, esta esclavitud mantiene a los rebeldes bajo el dominio de los poderes de las tinieblas. Jesús murió para liberar a los humanos de toda esclavitud y para ofrecerles la salvación por la gracia y el poder de Dios.

La muerte de Cristo le propinó un golpe definitivo a Satanás; sin embargo, él sigue siendo capaz de rondar como el león en busca de su presa (1 Pedro 5:8). El diablo estorbó la obra misionera de Pablo (2 Corintios 12:7; 1 Tesalonicenses 2:18). Es él quien les ciega la mente a los incrédulos (2 Corintios 4:4) y quien les lanza “dardos de fuego” a los redimidos cuando éstos se esfuerzan por servir a Dios (Efesios 6:16). En estos casos, nuestra defensa y victoria procederán de que “nos fortalezcamos en el Señor, y en el poder de su fuerza” (6:10), y de que usemos toda la armadura de Dios (la verdad, la justicia, la fe, la salvación, la oración y la Palabra de Dios), usando el escudo de la fe para apagar todos esos “dardos de fuego” (6:11–17).³

La tumba vacía, y la obra del Espíritu Santo en los creyentes y por medio de ellos, son las garantías de que el triunfo definitivo pertenece a la gracia de Dios. Ciertamente, Satanás tratará de engañar a las multitudes, y hará un esfuerzo final contra Dios, pero su intento será inútil (2 Tesalonicenses 1:9–12; Apocalipsis 19:7–10).¹

6.3.2 La tensión entre la soberanía de Dios y el conflicto con Satanás

Si realmente Dios es el soberano de todo, ¿cómo es posible que alguien, aunque sea Satanás, se le pueda oponer realmente? O bien, si es seguro que la gracia de Dios va a triunfar sobre la maldad, ¿por qué tenemos que luchar nosotros por la victoria de la gracia en un mundo tan carente de ella?

Es posible resolver estas tensiones en el contexto del evangelio de Jesucristo. Esto se debe a que el evangelio proclama un reino que, ciertamente, domina de manera suprema sobre el mundo, pero aún no ha cumplido a plenitud su meta redentora en él. En otras palabras, el reinado soberano de Dios tiene tanto una dimensión presente como una futura. El

señorío de Dios le pertenece, porque Él es realmente Señor; con todo, su señorío debe redimir a la creación por medio del conflicto y el triunfo. Así, el creyente puede hablar con seguridad del triunfo de la gracia de Dios en Cristo, y al mismo tiempo debe batallar para obtener la victoria.

Dios es el infinitamente superior en la guerra que Satanás lucha contra Él. (¿Acaso los demonios no creen y tiemblan [[Santiago 2:19](#)]?) También la gracia de Dios precede todas las batallas de los creyentes, y las hace posibles. Por tanto, sólo por la libertad de esa gracia, los creyentes tienen la armadura de Dios y pueden combatir ([Efesios 6:10-17](#)). La realidad del reino de Dios como presente ahora, pero aún no cumplido, significa que el reinado soberano de Dios como Señor incluye la hostilidad satánica, una hostilidad que debemos tomar con la mayor seriedad al servir a Dios. No podemos quedarnos pasivos ni indiferentes.

¿Cómo es posible que Dios, el Señor soberano, permitiese que existiera semejante hostilidad satánica? ¿Por qué se debe retrasar la derrota definitiva de las fuerzas satánicas hasta que el soberano señorío de Dios pueda vencer por medio del triunfo de Cristo y de una Iglesia a la que el Espíritu llena de poder? No es posible responder a estas preguntas diciendo que Dios no puede hacer otra cosa más que esperar. Esto contradiría lo que sostienen las Escrituras acerca de la soberanía absoluta de Dios. Tampoco podemos responder a estas preguntas afirmando que la hostilidad satánica y la destrucción que realiza son parte de la voluntad de Dios para la humanidad. Esto contradiría el amor y los propósitos redentores que el Señor soberano tiene para la humanidad. Estas preguntas tienen que ver con la “teodicea” (la justificación de Dios ante la existencia de la maldad y el sufrimiento). No es posible introducir las complejidades de este problema en el contexto de este capítulo,¹ pero se imponen unas cuantas palabras a modo de explicación. Históricamente, la Iglesia ha insistido en dos puntos relacionados, relevantes ambos en una orientación bíblica con el fin de responder a las preguntas anteriores. En primer lugar, Dios ha creado a la humanidad con libertad para rebelarse y hacerse vulnerable ante la hostilidad satánica. Dios ha permitido que exista esta hostilidad satánica para probar la libre respuesta de la humanidad a Él. En segundo lugar, la voluntad de Dios es el triunfo sobre la hostilidad satánica, no sólo por los creyentes, sino también a través de ellos. Por tanto, el triunfo de la gracia de Dios tiene una historia y un desarrollo.

Este triunfo, en cuanto a su progreso y realización, no depende de manera primaria de la cooperación humana pero sí incluye la historia de la fiel respuesta de la humanidad a Dios en su realización estratégica. Esto

significa que Dios permite la hostilidad satánica de una manera provisional, y que ésta no es parte de la voluntad redentora de Dios con respecto a la humanidad. Al contrario: la voluntad redentora de Dios está decidida a triunfar sobre toda hostilidad satánica.²

Dios no se halla secretamente escondido tras las obras de Satanás, aunque pueda usar esas obras para lograr redención. Dios está claramente del lado de la liberación y la redención con respecto a todo lo que destruya u oprima. Esto no responde a todas las preguntas sobre el cómo y el porqué de la maldad y el sufrimiento en el mundo. No tenemos respuestas definitivas para estas preguntas, pero sí tenemos la certeza de la redención definitiva en Cristo.

6.4 EL LUGAR DE SATANÁS Y LOS DEMONIOS EN LA TEOLOGÍA CRISTIANA

¿Hay un lugar digno para la demonología dentro de la teología cristiana? El poeta Howard Nemerov dijo: “Debo ser muy cauteloso al hablar del diablo, no sea que piensen que lo estoy invocando.”³ Barth dijo que sólo le daría un “vistazo” rápido y tajante al aspecto de la demonología, no fuera a ser que le diera más peso y atención a lo demoníaco, que lo absolutamente necesario.¹

Por otra parte, abundan los ministerios de guerra espiritual y de liberación que centran su atención en el ámbito de lo demoníaco. Algunos han señalado un aspecto de preocupación espiritual y teológica descuidado por la Iglesia, y han tratado de operar dentro de un concepto bíblico de la demonología. Sin embargo, ha habido quienes se han ido claramente más allá del lugar legítimo que le da la Biblia a lo demoníaco.²

Con frecuencia se le han concedido al diablo una cierta gloria y legitimidad. Se reduce toda la actividad redentora de Dios a la destrucción del diablo, de tal manera que se llegan a estudiar todos los demás aspectos de la teología a la luz de la demonología.

En una teología así distorsionada, la salvación consiste mayormente en liberar del diablo. La santificación es sobre todo resistir al diablo o ser librado de él. Se elevan los complejos males humanos y sociales a la esfera del conflicto con los demonios, mientras que se descuidan la dimensión humana de dichos problemas y los nobles medios humanos para alcanzar la liberación y la sanidad. Se ve a Cristo solamente como el instrumento de Dios para derrotar al diablo. El Espíritu no es más que el

poder que necesitamos para combatir al diablo. Sin el diablo, este tipo de predicación y de labor teológica quedaría convertido en un cascarón vacío.³

Hallamos la forma grotesca de estas creencias en la suposición de que los demonios pueden poseer y dominar a los cristianos que sean desobedientes o que tengan mayor necesidad de liberación. Para armonizar este supuesto con la clara enseñanza bíblica de que los cristianos le pertenecen a Cristo y son dirigidos en la vida primordialmente por el Espíritu de Dios ([Romanos 8:9–17](#)), realizan una dicotomía ajena a la Biblia entre cuerpo y alma, permitiendo que Dios posea el alma, mientras que los demonios controlan al cuerpo.⁴ Sin embargo, la Biblia enseña que es imposible una lealtad dividida tan radicalmente para la persona que tiene una fe auténtica ([Mateo 7:15–20](#); [1 Corintios 10:21](#); [Santiago 3:11–12](#); [1 Juan 4:19–20](#)).

Con esto no queremos decir que los cristianos sean invulnerables ante un genuino conflicto con la naturaleza pecaminosa o con las mentiras de Satanás, ni que lleguen incluso a pasar por una derrota momentánea. Sin embargo, todo estado de dominación o de posesión por vía, ya sea de la debilidad humana o de la actividad demoniaca, contradice el contraste bíblico entre la vida del Espíritu y la vida de la carne ([Romanos 6–8](#)). Además de esto, la Biblia no da por supuesto un dualismo radical entre alma y cuerpo, de manera que puedan funcionar independientemente el uno del otro. Los creyentes, ya sea que consideremos al hombre como un cuerpo o como un alma, son personas completas, cuyo cuerpo es un templo (gr. *naós*, “santuario interior”) del Espíritu Santo ([1 Corintios 6:19–20](#)). Por último, Dios ha prometido proteger a los creyentes de los daños causados por Satanás ([1 Juan 5:18](#)).

Jesús oró para que los creyentes fuesen protegidos del maligno ([Mateo 6:13](#); [Juan 17:15](#)), pero sólo en el contexto más amplio y de más peso de una participación íntima en el conocimiento de Dios y en la comunión con Él como “Padre nuestro” ([Mateo 6:9](#); [Juan 17:1–3](#)).

Jesús contrarrestó la fascinación de sus discípulos con la autoridad sobre los demonios, advirtiéndoles que no se regocijasen en el poder sobre los demonios, sino que se regocijasen más bien en que su nombre estaba escrito en los cielos ([Lucas 10:17–20](#)).

La insistencia del Nuevo Testamento se centra en la gloria de Dios y la vida con Dios; no en los intentos del enemigo por oponerse a ellas. En realidad, las pruebas y sufrimientos de esta era “no son comparables con

la gloria verdadera que en nosotros ha de manifestarse” ([Romanos 8:18](#)).

Notemos también que la Biblia no considera la hostilidad a Dios solamente en el contexto de la demonología. Los evangelios prestan tanta atención a los obstáculos puestos al ministerio de Jesús por la terquedad y la desobediencia de los humanos, como a los ataques externos de Satanás. Aunque Satanás y las fuerzas de las tinieblas se hallan detrás de esta desobediencia humana, Jesús declaró que la hostilidad humana a su ministerio cumplía las obras del diablo ([Juan 8:44](#)). Más tarde, Pablo diría que “el príncipe de la potestad del aire” obra a través de los que son “hijos de desobediencia” ([Efesios 2:2](#)). Esto no significa que toda desobediencia a Dios sea una respuesta a una tentación demoniaca directa. Lo que sí significa es que, por medio de la desobediencia humana, el reino de las tinieblas queda bien servido, y se realizan sus propósitos.

El Nuevo Testamento coloca al pecado y a la muerte como enemigos por derecho propio, junto a las fuerzas de las tinieblas ([Romanos 8:1–2](#); [1 Corintios 15:24–28](#); [Apocalipsis 1:18](#)). Pablo nombra a la muerte, y no a Satanás, como el enemigo que será destruido al final ([1 Corintios 15:24–26](#)). Aunque el pecado y la muerte sean consecuencias indirectas de la obra de Satanás, son consecuencia directa de las acciones humanas. Fueron Adán y Eva, y no Satanás, quienes les dieron entrada al pecado y a la muerte en el mundo. Ciertamente, Satanás es el tentador ([1 Tesalonicenses 3:5](#)), pero cada ser humano es tentado cuando “de su propia concupiscencia es atraído y seducido” ([Santiago 1:14](#)). Satanás es el mentiroso ([Juan 8:44](#)), el acusador ([Apocalipsis 12:10](#)), el ladrón y el asesino ([Juan 10:10](#)). Sin embargo, no puede cometer ninguna de estas acciones con eficacia sin la participación, e incluso la iniciativa humana. Cuando se insiste fuertemente en el papel de los demonios, se tiende a evadir la responsabilidad humana.

El Nuevo Testamento dedica tanta atención, o quizá más, a la lucha del creyente con su propia condición de ser caído (como “carne” ante Dios en un mundo caído, maldito con el pecado y la muerte), que a su lucha con los demonios ([Romanos 8](#); [2 Corintios 10:4–6](#); [Gálatas 5](#)). Aquéllos que convierten toda tentación o prueba en una batalla directa con el diablo, necesitan mirarse en el espejo para descubrir quién es en realidad su peor enemigo.

Sin embargo, ¿acaso a una persona moralmente sensible no la deja la maldad sin palabras para describir el “poder secreto” de la iniquidad ([2 Tesalonicenses 2:7](#))? ¿Acaso no se presenta a la serpiente de [Génesis 3](#) como la fuente de la seducción de una humanidad hecha para Dios, y no

para la maldad? ¿Acaso no se vuelve incomprensible la maldad sin tener esta seducción demoniaca en su origen?

Lo mismo podríamos decir de la muerte. En [Hebreos 2:14](#) se afirma que Cristo murió “para destruir por medio de la muerte al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo”. La cualidad más siniestra de la muerte como enemiga de la humanidad, no es que los humanos tengan que dejar de vivir como seres físicos, sino que la muerte trae consigo una profunda desesperación espiritual y una alienación aún mayor con respecto a Dios en el *hades*. Observemos la unión de la muerte con el *hades* en [Apocalipsis 1:18](#), como vencidos ambos en conjunto por Cristo. Ciertamente, ¿acaso el temor a la muerte que tiene la humanidad no indica de manera implícita que la muerte sin Cristo está bajo el poder de Satanás y, por tanto, va asociada a la desesperación del Hades ([Hebreos 2:14](#))?

Todo lo anterior no significa que Satanás tenga poder alguno por encima del poder que tienen el engaño y la falsedad. Si una persona simplemente resiste al diablo por medio del poder de la gracia de Dios, ¿acaso el diablo no tendrá que “huir” como el cobarde que es ([Santiago 4:7](#))? El poder de Satanás se basa en lo exitoso que ha sido en su esfuerzo por engañar a la humanidad para que acepte sus falsos alegatos con respecto a su posición y a sus supuestos derechos como dios de este mundo. Al contrario de lo que algunos pensarían, [Judas 9](#) no muestra respeto alguno por Satanás en el hecho de que el ángel no se atreviese a lanzar una acusación difamatoria contra él. El arcángel Miguel retuvo toda acusación, apoyado en su propia autoridad, con el fin de decir: “El Señor te reprenda.” Todo rechazo de las engañosas exigencias de Satanás deberá venir solamente de la autoridad y la gracia de Dios, y no de la sabiduría o autoridad que nosotros mismos nos hayamos fabricado.¹

La mejor respuesta nuestra a las falsas y engañosas reclamaciones de Satanás es negarlas, y hacerlo sólo por medio del rápido y agudo “vistazo” que les daba el teólogo Karl Barth, a la luz mucho mayor de la verdad y la gracia de Dios. Sin embargo, parece haber en muchos de los que están en ministerios de liberación una suposición escondida de que, en realidad, los que realmente derrotan a Satanás son quienes lo conocen mejor. Por eso se ofrecen detalladas especulaciones acerca de la organización y las características de los demonios, y las formas en que se relacionan con los gobiernos humanos y con la vida de las personas. También se llevan a cabo elaboradas prácticas para atar a los poderes demoniacos.

No obstante, cuando leemos la Biblia, nos impresiona la ausencia total

de este tipo de especulaciones y prácticas. La Palabra de Dios anima a permanecer firmes y a resistirnos a las fuerzas engañosas de las tinieblas; no a estudiarlas y atarlas.² La Biblia no hace esfuerzos para familiarizarnos más con el diablo. Su único enfoque se centra en familiarizarnos con Dios, y hacer que nos acompañe la resistencia a los clamores de Satanás por captar nuestra atención. La orientación que recibimos de [Santiago 4:7](#) consiste en someternos a Dios y resistir al diablo.

Sencillamente, la Biblia no nos da mucha información sobre Satanás y los demonios. Insinúa que cayeron del cielo ([Judas 6](#); [Apocalipsis 12:7-9](#)). Diversos autores han especulado diciendo que el Antiguo Testamento describe esta caída en [Isaías 14:12-20](#);³ sin embargo, el significado de este pasaje no es claro, y es posible que no sea más que una reprensión poética al “rey de Babilonia” ([14:4](#)).¹ No se definen en ningún momento el cuándo y el cómo de esta caída. El hecho es que la intención de la Biblia al referirse a Satanás y a los demonios, es reafirmar el propósito redentor de Dios, y a partir de allí, negar las obras y las pretensiones de Satanás.

Con todo, debemos admitir que las ciencias han conducido a una comprensión de la dimensión genuinamente humana de muchos problemas individuales y sociales, así como de los tipos de estrategias que se pueden usar para resolverlos. No hay nada necesariamente contrario a las Escrituras en mucho de esto, puesto que la Biblia ciertamente reconoce nuestra situación de seres caídos como una condición humana, aparte de consideración alguna con respecto a una influencia demoniaca directa. En la iglesia debemos estar abiertos a los conocimientos médicos, psiquiátricos y sociológicos. Es cierto que Dios ofrece soluciones milagrosas para los problemas sobrenaturales. También obra providencialmente a través de las soluciones humanas a los problemas humanos. No debemos atrevernos a calificar de demoniacos todos los problemas y abogar por la ilusión de que todos se pueden resolver a base de echar fuera demonios.

Además, muchos síntomas considerados en el pasado como demoniacos han sido aislados hoy como patológicos y humanos. Esto convierte en una compleja tarea la labor de distinguir entre lo demoniaco y lo patológico. No obstante, la Biblia sí distingue entre enfermedad y posesión demoniaca ([Marcos 3:10-12](#)). Por tanto, hoy es necesario distinguir entre casos psiquiátricos y posibles posesiones demoniacas. Esta distinción es importante, porque, como señalara el teólogo Karl Rahner, el exorcismo en pacientes patológicos puede en realidad agravar su delirio y hacer más agudo su mal.²

Se necesita mucho discernimiento para detectar lo que sirve al reino de las tinieblas y lo que no, puesto que Satanás se puede enmascarar como ángel de luz (2 Corintios 11:14). No sólo quedan servidos sus propósitos donde esperamos que así sea (por ejemplo, en casos graves y totalmente inexplicables de maldad o de tormento), sino que algunas veces también son servidos en las obras y aspiraciones religiosas más nobles. El orgullo, la idolatría, los prejuicios y las fobias dañinas pueden salir a la superficie en la religiosidad y el patriotismo, y ser defendidos por doctrinas y prácticas aparentemente nobles. Por ejemplo, la esclavitud y el racismo han sido defendidos por personas que afirmaban apoyar las causas religiosas y patrióticas más nobles. Es necesario que examinemos constantemente nuestra conciencia, para que la Iglesia niegue de manera correcta las obras del diablo y afirme la renovación del Espíritu de Dios en la Iglesia y a través de ella.

El rechazo de Satanás que se realiza en ciertos ritos bautismales tiene sus raíces en la antigua práctica de renunciar al diablo en el bautismo, para proclamar después a Cristo como Señor.¹ desde el momento de su conversión, ha hecho de manera implícita la misma consagración a la soberanía de Cristo. En nuestros esfuerzos por servir al Señor soberano en la Iglesia y en la sociedad por medio de obras y acciones de gracia liberadora, podemos estar conscientes todo el tiempo, de estar participando en la destrucción del asesino y el despojo del ladrón. Negamos y ponemos al descubierto la mentira que es personificada en Satanás y sus legiones cada vez que abrazamos y obedecemos la verdad de Dios en Cristo y en el poder del Espíritu. No hay manera más eficaz de resistir al enemigo demoníaco que ésta.

6.5 PREGUNTAS DE ESTUDIO

1. Comente las interpretaciones de Orígenes (nota 85), Tomás de Aquino (nota 17), Martín Lutero (nota 21), los cabalistas (nota 38), Ireneo (nota 40) y Paul Tillich (nota 25) con respecto a la naturaleza o el papel de los ángeles. ¿Por qué son problemáticos estos puntos de vista? ¿Cómo se pueden resolver o evitar sus dificultades hermenéuticas?
2. Basado en una investigación propia profunda sobre Colosenses 1:15–18, hable sobre el lugar que les corresponde a los ángeles.
3. Haga una lista de las creencias más comunes sobre los ángeles en su comunidad y su iglesia. ¿Cómo corregiría o resaltaría usted cada una de las creencias que ha escrito en la lista?

4. Los ángeles son servidores. ¿Cómo debe afectar su ejemplo a nuestra motivación para servir a Dios?
5. ¿Qué indica la Biblia que los ángeles pueden hacer, y hacen, por nosotros hoy?
6. ¿Qué indica la Biblia que no podemos esperar que los ángeles hagan por nosotros hoy?
7. ¿En qué se diferencian los conceptos del Antiguo Testamento acerca de la demonología, de los puntos de vista paganos sobre los espíritus malignos? Estudie esto con relación a la soberanía de Dios.
8. ¿De qué manera cumple la victoria de Cristo sobre las fuerzas de las tinieblas lo que enseña el Antiguo Testamento acerca de los demonios?
9. Puesto que Cristo ganó la victoria sobre las fuerzas de las tinieblas, ¿hay aún una oposición real por parte de las fuerzas demoniacas contra los creyentes y contra la voluntad de Dios? Si es así, ¿por qué? También, si es así, ¿cómo obtenemos el poder para permanecer firmes y resistirnos a sus propósitos?
10. ¿Pueden los demonios poseer a los cristianos? Explique su respuesta.
11. ¿Qué tiene de equivocado la idea de que las pretensiones de Satanás son legítimas? ¿De qué manera han afirmado las pretensiones y los derechos satánicos la teoría del rescate sobre la Expiación? ¿Qué tiene de equivocada dicha afirmación sobre los derechos satánicos?
12. ¿Qué papel juega la responsabilidad humana en nuestra comprensión de Satanás y de lo que se opone a la voluntad de Dios?
13. ¿Tienen los conocimientos humanos y científicos sobre nuestros problemas algún lugar legítimo entre los creyentes? ¿Por qué?
14. ¿Cuáles son las razones de que haya una cierta fascinación por lo demoniaco en la Iglesia y en la cultura? ¿Qué tiene esto de equivocado? ¿Cuál es el verdadero lugar de la demonología en la teología cristiana?

¹ Tim Unsworth, "Angels: A Short Visit with Our Heavenly Hosts", *U.S. Catholic* 55 (marzo de 1990), p. 31.

² Millard J. Erickson, *Christian Theology* (Grand Rapids: Baker Book House, 1985), p. 434.

¹ Thomas Howard, “The Parts Angels Play”, *Christianity Today* 24 (12 de diciembre de 1980), p. 20.

² Augustus H. Strong, *Systematic Theology* (Filadelfia: Judson Press, 1947), p. 443. Herbert Muschamp, en “Angels”, *Vogue* 179 (diciembre de 1989), p. 278, dice que esta pregunta nos podrá parecer “el símbolo mismo de la absurdidad escolástica”, pero para los escolásticos era una pregunta sincera. Los ángeles eran “como protones y electrones [que funcionaban] como la fuerza cohesiva del universo”.

³ Howard, “Angels”, p. 20.

¹ Véase *The Book of Mormon; Doctrine and the Covenants; The Pearl of Great Price* (Salt Lake City: Church of Jesus Christ of the Latter Day Saints, 1986), 20:10; 27:16. Supuestamente, un ángel llamado Moroni se le apareció a José Smith, el fundador del mormonismo, y le reveló dónde se hallaban unas tablas de oro (donde supuestamente estaba escrito el Libro de Mormón), más allá de la colina de Cumorah. El mormonismo también aboga erróneamente a favor de un don especial “dado para contemplar ángeles y espíritus ministradores”, *Doctrine and Covenants*, Índice, 13.

² Probablemente, una referencia a los “santos” de [Deuteronomio 33:2](#).

³ Robert P. Lightner, *Evangelical Theology: A Survey and Review* (Grand Rapids: Baker Book House, 1986), p. 129.

¹ Unsworth, “Angels”, p. 30.

² *Ibíd.*

³ James Drummond, *Philo Judaeus: Or the Jewish Alexandrian Philosophy in Its Development and Completion*, vol. 2 (Edinburgh: Williams and Norgate, 1888), p. 146. Para una bibliografía sobre el punto de vista de Filón acerca de los ángeles, véase Roberto Radice y David T. Runia, *Philo Judaeus: Or the Jewish Alexandrian Philosophy in Its Development and Completion* (Nueva York: E. J. Brill, 1988); y William S. Babcock, “Angels”, en la *Encyclopedia of Early Christianity*; David M. Scholer, E. F. Ferguson, M. P. McHugh, editores (Nueva York: Garland Publishers, 1990), pp. 38–42.

⁴ R. L. Dabney, *Lectures in Systematic Theology* (Grand Rapids: Zondervan Publishing House, 1878, 1972), p. 264.

¹ F. L. Cross y E. a. Livingston, “Angels”, en el *Oxford Dictionary of the Christian Church*, 2ª edición (Londres: Oxford University Press, 1974), pp. 52–53.

² Unsworth, “Angels”, p. 31. Las Escrituras no declaran expresamente que los ángeles custodios formen una clase especial. Más bien hablan de ángeles que custodian.

³ El Pseudo-Dionisio Areopagita, *The Divine Names and Mystical Theology*, traducción al inglés de John D. Jones (Milwaukee: Marquette University Press, 1980), p. 153.

4 Unsworth, “Angels”, p. 31.

5 Tomás de Aquino, *Great Books of the World: The Summa Theologica, Aquinas*, Robert Hutchinson, editor, vol. 19 (Chicago: Encyclopedia Britannica), pp. 269–585. Tomás de Aquino terminó por aborrecer su método teológico. Después de una “maravillosa experiencia espiritual”, dejó de escribir para siempre, diciendo: “Todo cuanto he escrito y enseñado me parece de muy poca importancia.” Alexander Whyte, *The Nature of Angels* (Grand Rapids: Baker Book House, 1976), p. 7. Juan Duns Escoto (1265–1308), Alberto Magno (1193–1280) y Francisco Suárez (1548–1617) usaron un enfoque similar al de Tomás de Aquino.

1 Unsworth, “Angels”, p. 31. Muschamp, “Angels”, p. 279, llama a los ángeles “víctimas del Renacimiento”. Para una presentación histórica de los ángeles en el arte y la literatura, consultar a Gustav Davidson, *The Dictionary of Angels, Including the Fallen* (Nueva York: Free Press, 1971) y Theodora Ward, *Men and Angels* (Nueva York: Viking Press, 1969).

2 Unsworth, “Angels”, p. 32.

3 Juan Calvino, *Institutes of the Christian Religion*, John T. McNeill, editor, vol. 1 (Filadelfia: Westminster Press, 1967), p. 166.

4 Martín Lutero, “Protective Angels and Destructive Demons, Between November 24 and December 8, 1532, n° 2829”. Luther’s Works: *Tabletalk*, Helmut T. Lehman, editor (Filadelfia: Fortress Press, 1967), 54:172.

5 Dabney, *Lectures*, p. 264.

1 Kaufmann Kohler, *Jewish Theology* (Nueva York: Ktav Publishing House, Inc., 1968), p. 180.

2 Augustus H. Strong, Alexander Whyte y Robert I. Dabney se hallan entre los eruditos conservadores de este período.

3 Paul Tillich, *A History of Christian Thought* (Nueva York: Harper & Row, 1968), p. 94. Véase también James M. Wall, “Unlearning Skepticism: An Angelic Meditation”, *The Christian Century*, 28 de septiembre de 1988, p. 827.

4 Karl Barth, “The Kingdom of Heaven, The Ambassadors of God and Their Opponents”, *Church Dogmatics: Doctrines of Creation*, editores, T. F. Torrance y Geoffrey W. Bromiley, vol. 3 (Edimburgo: T. & T. Clark, 1960), p. 369.

5 Erickson, *Christian Theology*, p. 434.

1 Unsworth, “Angels”, p. 32. Roland Buck, *Angels on Assignment* (Kingwood, Texas: Hunter Books, 1979). Malcolm Godwin, *Angels: An Endangered Species* (Nueva York: Simon & Schuster, 1990), describe que algunos creen que los ángeles se disfrazan de platillos voladores. Para testimonios conservadores acerca de visitas angélicas, véase W. Norman Day, “Guardian Angels”, *The Pentecostal Testimony*, octubre de 1986, pp. 34–35; Carolyn Hittenberger, “Angel on the Fender”, *Pentecostal Evangel*, 5 de julio de 1987, p. 10; Melvin E. Jorgenson, “Angelic Escort”, *Pentecostal*

Evangel, 21 de diciembre de 1980; pp. 7–8; y Ann Wedgeworth, *Magnificent Strangers* (Springfield, Mo.: Gospel Publishing House, 1979). Para evaluaciones de las visitas angélicas, véase B. Zerebesky, “What About All Those Angel Stories?” *Charisma* (diciembre de 1983), pp. 76–78; J. Rodman Williams, *Renewal Theology* (Grand Rapids: Zondervan Publishing House, 1988), p. 195; e ídem, “Comprehensive Critique of *Angels on Assignment* Including a List of Five Tests for Angelic Visitations” (publicado por el autor). Charles and Annette Capps, *Angels!* (Tulsa: Harrison House, 1984), animan a los creyentes a ordenarles a los ángeles que los atiendan. Sin embargo, las Escrituras presentan a los ángeles dándoles órdenes a los seres humanos ([Mateo 1:24](#); [2:19–21](#); [Hechos 8:26](#); [10:3–5](#), [22](#); [11:13](#); [12:7–8](#); [Apocalipsis 11:1](#)).

2 Marilyn Hickey, *Treading with Angels* (Denver: Layman’s Library, 1980), p. 8. Sin embargo, todos los beneficios de la salvación, incluso la protección de los ángeles, se basan en el esfuerzo de Dios, y no en el nuestro. Véase Guy P. Duffield y Nathaniel M. Van Cleave, *Foundations of Pentecostal Theology* (Los Ángeles, L.I.F.E. Bible College, 1983), p. 478, quienes añaden: “En ningún momento se nos indica que oremos a los ángeles y solicitemos su ayuda.” Véase también Kenneth D. Barney, “Supernatural Bodyguards”, *Pentecostal Evangel* (22 de febrero de 1981), pp. 8–9

3 William Baker, “Angels: Our Chariots of Fire”, *Moody Monthly*, 6 de enero de 1986, p. 85.

1 La expresión “mis ángeles” aparece en [Éxodo 23:23](#); [32:34](#); [Apocalipsis 22:16](#). “Sus ángeles”, en [Génesis 24:40](#); [Job 4:18](#); [Salmos 91:11](#); [103:20](#); [148:2](#); [Daniel 6:22](#); [Lucas 4:10](#); [Hechos 12:11](#); [Apocalipsis 3:5](#); [12:7](#); [22:6](#). Los ángeles “del Hijo del Hombre”, en [Mateo 13:41](#); [16:27](#); [24:30–31](#); [Marcos 13:26–27](#).

2 Allan K. Jenkins, “Young Man or Angel?” *The Expository Times* 94 (mayo de 1983), pp. 237–240. Él duda de que el “joven” de [Marcos 16:5](#) fuera un ángel. Relaciona la “larga ropa blanca” con el martirio.

3 Erickson, *Christian Theology*, p. 439.

1 Los ángeles median con frecuencia en los castigos de Dios ([2 Samuel 24:16](#); [2 Reyes 19:35](#); [1 Crónicas 21:14–15](#); [Salmo 78:49](#); [Apocalipsis 1:1–15](#); [5:2–11](#); [6:7–8](#); [8:2–13](#); [9:1–15](#); [10:1–10](#); [14:18–20](#); [15:1–8](#); [16:1–5](#), [17](#); [17:1–17](#); [18:1](#), [21](#); [19:17–18](#)). También presentan los mensajes de Dios ([Jueces 2:1–5](#); [3:3–33](#); [5:23](#); [2 Reyes 1:3–15](#); [Isaías 37:6](#); [Zacarías 1:9–14](#), [19](#); [2:3–13](#); [3:1–10](#); [4:1–14](#); [5:5–11](#); [6:4–8](#); [Mateo 28:5](#); [Lucas 2:9–21](#); [Juan 20:12](#); [Hechos 7:53](#); [8:26](#); [10:3](#), [7](#), [22](#); [11:13](#); [Hebreos 2:2](#); [Apocalipsis 1:1](#)).

2 La mayoría de los comentaristas creen que hay muy pocas evidencias a favor de un culto universal a los ángeles por parte de los judíos. La herejía sólo era un problema local de Colosas. Véase E. K. Simpson y F. F. Bruce, *Commentary on the Epistles to the Ephesians and Colossians* (Grand Rapids: Wm B. Eerdmans, 1957), pp. 247–248. Véase también Peter T. O’Brien, *Word Biblical Commentary: Colossians, Philemon*, David Hubbard, Glenn W. Barker, editores, vol. 44 (Waco, Tex.: Word Books, 1982), pp. 142–143.

1 Zane C. Hodges, “Problem Passages in the Gospel of John, parte 5: The Angel at Bethesda-John

5:4,” *Bibliotheca Sacra* (enero a marzo de 1979), pp. 25–39. Cita fuertes evidencias presentes en los manuscritos que apoyan la autenticidad de Juan 5:4, con lo que acepta la existencia del ángel de Betesda.

2 Strong, *Systematic Theology*, p. 445.

3 Duffield y Van Cleave, *Foundations*, p. 467, interpretan [Apocalipsis 5:11](#) de manera literal. Los eruditos medievales trataron de calcular cuál sería el número mínimo de los ángeles, usando la numerología bíblica; esto es, “convirtiendo las palabras en números y los números en palabras”. Basados en este sistema, los cabalistas del siglo catorce propusieron que existían 301.655.722 ángeles. Véase Gustav Davidson, *The Dictionary of Angels*, xxi.

4 Durante la época de las conquistas republicanas, una legión romana constaba de 4.200 soldados de a pie y 300 de a caballo. *The Complete Biblical Library*, vol. 14 (Springfield, Mo.: 1986), p. 38.

1 Ireneo (130–200) y Dionisio (500) especularon con respecto a una jerarquía angélica. Las Escrituras presentan una jerarquía sencilla: los ángeles y un ángel jefe (el arcángel Miguel; [1 Tesalonicenses 4:16](#); [Judas 9](#)). Meyer nos recuerda que todo intento de fijar con precisión orden alguno “pertenece al fantasioso dominio de la teosofía”. Véase Henry Alford, *The Greek Testament*, vol. 3 (Chicago, Moody Press, 1956), p. 205.

2 Los ángeles son enviados por mandato de Dios ([Génesis 24:7](#); [24:40](#); [Éxodo 23:20](#); [23:23](#); [32:34](#); [33:2](#); [2 Crónicas 32:21](#); [Daniel 6:22](#); [Mateo 13:41](#); [24:31](#); [Lucas 1:26](#); [4:10](#); [Hechos 12:11](#); [Apocalipsis 22:6](#), 16).

3 Véase Everitt M. Fjordbak, *An Exposition and Commentary on the Epistle to the Hebrews* (Dallas: Wisdom House Publishers, 1983), pp. 39–42.

1 La presencia de querubines antes de la muerte de un ser humano parece ser una evidencia más de que los seres humanos no se convierten en ángeles después de morir.

2 Véase R. K. Harrison, “Cherubim”, *The New Bible Dictionary*, 2ª edición, J. D. Douglas et al., editores (Wheaton: Tyndale, 1982), pp. 185–186’ “Cherub”, *The Theological Wordbook of the Old Testament*, R. Laird Harris, Gleason L. Archer, Jr. y Bruce K. Waltke, editores, vol. 1 (Chicago: Moody Press, 1980), pp. 454–455.

3 *Ibíd.* Harris afirma que estos cuatro rostros representan “las aves, los animales domésticos, los animales salvajes y los hombres, presentes ante Dios”.

4 La triple repetición “Santo, santo, santo” significa que Dios es “diferente”, “único”, “separado”, y resalta la santidad divina. Algunos ven también implícita la idea de la Trinidad.

5 Los rostros cubiertos de los serafines indican “un temor reverencial que no se atrevía a mirar a la gloria”. Sus pies cubiertos indican “la humildad de su glorioso servicio”. Su postura, volando por el aire, indica que están prestos a hacer lo que Dios les indique. Véase W. E. Vine, *Isaiah: Prophecies, Promises, Warnings* (Grand Rapids: Zondervan Publishing House, 1971), p. 29.

Véase también Harris, “Cherub”, pp. 454–455.

1 Henry Alford, *The Greek Testament*, vol. 4 (Cambridge: Deighton Bell and Co., 1866), p. 599, sugiere que las criaturas vivientes son “formas compuestas a partir de los detalles particulares más significativos en una o más visiones del Antiguo Testamento”.

2 A. D. “Watchers”, en *The International Standard Bible Encyclopedia*, Geoffrey W. Bromiley, editor, vol. 4 (Grand Rapids: Wm. B. Eerdmans, 1979), p. 1023. Algunos creen que los “vigilantes” son una clase especial de ángeles que afectan la historia humana. Véase C. Fred Dickason, *Angels: Elect and Evil* (Chicago: Moody Press, 1975), p. 59. Otros creen que la palabra “vigilantes” sólo es un término descriptivo que denota la vigilancia de los ángeles. Véase John F. Walvoord, *Daniel: Key to Prophetic Revelation* (Chicago: Moody Press, 1971), p. 102.

3 T. E. McComiskey, “Angel of the Lord”, en *Dictionary of Theology*, Walter A. Ellwell, editor (Grand Rapids: Baker Book House, 1984), p. 55.

4 Williams, *Renewal Theology*, vol. 1, p. 181. Williams califica a estas teofanías de “visitas temporales de la Segunda Persona de la Trinidad, antes de su venida en carne humana”.

1 Los ángeles que aparecen en los evangelios funcionan como los del Antiguo Testamento. Sin embargo, “a diferencia del Antiguo Testamento y de otros escritos judíos, la angelología de los evangelios es, como los mismos evangelios en conjunto, cristocéntrica”. Traen revelación directa de Dios sólo en dos ocasiones: el nacimiento de Jesús y su resurrección. “En el intermedio, Él mismo es la revelación preeminente de Dios.” M. J. Davidson, “Angels”, en *Dictionary of Jesus and the Gospels*, Joel B. Green, Scott McKnight, editores (Downers Grove, Ill.: InterVarsity Press, 1992), p. 11.

1 Blumhardt’s Battle: A Conflict with Satan, traducido al inglés por F.S. Boshold (Nueva York: Thomas E. Lowe, 1970), pp. 18, 21–22, 54–55.

2 F. D. Macchia, “Spirituality and Social Liberation: The Message of the Blumhardts in the Light of Wuerttemberg Pietism”, en *Experiences of the Spirit*, editor, A. B. Jongeneel (Berna: Peter Lang Verlag, 1991).

3 Barth, *Church Dogmatics*, 4:4; 168–171; J. Moltmann, *The Church in the Power of the Spirit* (Londres: SCM Press, 1977), p. 282; W. Hollenweger, “Pentecostalism and the Third World”, *Dialog* (primavera de 1970); Eugen Edel, *Aus Pfarrer Blumhardt’s Leben und Wirken, Die Pfingstbewegung im Lichte der Kirchengeschichte* (Verlag Emil Hamburg).

1 W. Foerster, “DAIMON, DAIMONION”, *Theological Dictionary of the New Testament*, editor, G. Kittel, traducido al inglés por G. W. Bromiley, vol. 2 (Grand Rapids: Wm. B. Eerdmans Pub. Co., 1964), pp. 1–10.

2 El término *Satanás* se deriva de la palabra hebrea que significa “adversario”, “acusador”, derivada del verbo *satán*, “mantener aversión contra, o animosidad hacia” alguien.

1 Con frecuencia se le da a esta promesa el nombre de *protoevangelio*, por ser una sombra

precursora del evangelio de Cristo y de su victoria sobre Satanás.

1 Foerster, “DAIMON”, pp. 10–16.

2 J. Ramsey Michaels, “Jesus and the Unclean Spirits”, en *Demon Possession, a Medical, Historical, Anthropological, and Theological Symposium*, editor, J. W. Montgomery (Minneapolis: Bethany Fellowship, 1976), pp. 41–57.

1 La Biblia dice poco acerca del origen de los demonios. La mayor parte de los evangélicos los identifican con los ángeles que pecaron (2 Pedro 2:4; Judas 6). Es probable que su caída tuviese lugar entre el momento en que Dios declaró que todo era bueno en gran manera en la creación (Génesis 1:31), y la tentación de los humanos por parte de Satanás (Génesis 3:1–5). Aunque se dice de ellos que están “aprisionados”, no parece tratarse del tipo de encierro total de Apocalipsis 20:1–3. Más bien parece que están aprisionados bajo una sentencia condenatoria que tendrá su cumplimiento definitivo en el futuro. Mientras tanto, los demonios pueden realizar aún sus actividades malignas en la tierra. Véase Erickson, *Christian Theology*, pp. 445–451; Buswell, *Systematic Theology*, vol. 1, p. 134.

1 G. Aulen, *Christus Victor, An historical Study of the Three Main Types of the Idea of the Atonement*, traducción al inglés de A. G. Hebert (Nueva York: MacMillan, 1969).

1 Es posible que Rufino considerara la palabra “infiernos” como símbolo de la tumba. Véase Wayne Grudem, “He Did Not Descend Into Hell: a Plea For Following Scripture Instead of the Apostles’ Creed”, *Journal of the Evangelical Theological Society*, 34 (marzo de 1991), p. 103. Sin embargo, hay fuerte apoyo patristico para la idea del descenso de Cristo a los infiernos como ámbito de los muertos antes que esta confesión fuera añadida al credo.

2 David P. Scaer, “He Did Descend to Hell: In Defense of the Apostles’ Creed”, *Evangelical Theological Society Journal*, p. 93.

3 Mateo 12:22–32; Marcos 3:22–30; Lucas 11:14–23; Hechos 2:27; Romanos 10:6–7; Efesios 4:8; Colosenses 2:14–15; 1 Pedro 3:18–22; 4:6.

4 En los primeros siglos hubo algún desacuerdo en cuanto a si el *Hades* al que descendió Cristo era el ámbito donde las fuerzas de las tinieblas mantenían a las almas perdidas en cautividad, o bien, apoyándose en una interpretación de Lucas 16, “el seno de Abraham”. Véase Jeffrey B. Russell, *Satan, the Early Christian Tradition* (Londres: Conrell University Press, 1981), p. 117. Los teólogos católicos romanos no sostienen ya la idea del *limbus patrum*. Véase el capítulo 18.

1 A favor de considerar que Efesios 4:9 declara de manera indirecta que Cristo descendió al mundo subterráneo de los demonios, véase Donald Bloesch, “Descent into Hell”, *Evangelical Dictionary of Theology*, editor, W. Elwell (Grand Rapids: Baker Book House, 1984), pp. 313–315. Markus Barth, *Ephesians 4–6, The Anchor Bible*, editores, W. F. Albright, D. N. Freedman (Garden City, N. Y.: Doubleday, 1974), p. 477, identifica el descenso con la encarnación y crucifixión de Cristo. Otro ejemplo sobre un punto de vista opuesto es el de J. M. Robinson, “Descent into Hades”, *Interpreter’s Dictionary of the Bible*, editores, G. A. Buttrick y otros, vol. 1 (Nashville:

Abingdon, 1962), pp. 826–828. Véase también Grudem, “He Did Not Descend into Hell”, p. 108.

2 Otros toman [Efesios 4:9–10](#) como un paréntesis que identifica al que “subió a lo alto” (Salmo 68:18) como el mismo Jesús que descendió a “las partes más bajas de la tierra”; esto es, a la tierra misma (como en Salmo 139:13–15; Isaías 44:23). Por consiguiente, los “dones” de [Efesios 4:8](#) son los dones del v. 11, personas tomadas cautivas por el Cristo resucitado y entregadas como dones a fin de “perfeccionar a los santos para la obra del ministerio” (v. 12). Apoyándose en esto, Pablo se llama a sí mismo cautivo, esto es, esclavo del Señor Jesucristo. (La mayor parte de los esclavos eran personas que habían sido tomadas cautivas en la guerra, y después dadas por el vencedor a sus amigos como regalo.)

1 Algunos consideran que estos “espíritus” son espíritus demoniacos. Sin embargo, el contexto indica que Pedro estaba hablando de personas que eran hostiles al evangelio ([1 Pedro 3:14, 16](#)).

2 La primera epístola de Pedro ([4:6](#)) habla también de la predicación del evangelio a los muertos. Sin embargo, la relación de este versículo con el pasaje del “descenso a los infiernos” en el [3:19–22](#) es altamente improbable. Es probable que Pedro estuviera usando el término “muertos” en el [4:6](#) como símbolo de los no redimidos. Así como Noemí habló de cómo Rut y Orfa trataron con los muertos, pero se estaba refiriendo a la forma en que se comportaban con ellos cuando aún vivían, es probable que también Pedro se refiriese al evangelio que se les había predicado a estas personas ya fallecidas cuando aún estaban vivas. Se les había comunicado el mensaje porque se acercaba un día de juicio ([1 Pedro 4:5](#)). En todo caso, no es posible utilizar el [4:6](#) para justificar la idea de una segunda oportunidad después de la muerte ([Lucas 16:19–31](#); [Hebreos 9:27](#)).

3 Otros indican que Pedro hablaba del hecho de que era el Espíritu de Cristo en los profetas el que les señalaba las circunstancias relacionadas con los sufrimientos de Cristo y las glorias que los seguirían ([1 Pedro 1:11](#)). Por consiguiente, en el versículo 19 el significado podría ser que Cristo, por medio del Espíritu, le había predicado a la gente de los días de Noé por boca del propio Noé ([2 Pedro 2:5](#)).

4 Observe el estudio que hace Bo Reicke de este pasaje: *The Epistle of James, Peter, and Jude, The Anchor Bible* (Garden City, N. Y.; Doubleday, 1974), p. 109. Según Bo Reicke, Pedro describe la proclamación de Cristo en el mundo inferior a los gobernantes malvados de los tiempos de Noé como un ejemplo para la Iglesia. Si Cristo proclamó su victoria incluso ante unos gobernantes tan irremediabilmente perdidos y tan rebeldes, cuánto más no debería la Iglesia predicar ante las autoridades que gobiernan en sus días, y que quizá se arrepientan aún. La frase “en el cual” de [1 Pedro 3:19](#) (*en ho*) debería ser traducida como “en cuya ocasión”, asociando la predicación a los espíritus encarcelados con el momento de la muerte de Cristo.

5 Algunos, por ejemplo E. W. Kenyon, le dan al hecho de que Dios, “al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado” ([2 Corintios 5:21](#)), el significado de que Jesús se convirtió en pecador, y tuvo que nacer de nuevo en el infierno para salvarnos. Sin embargo, la palabra hebrea que traducimos como “pecado” también significa “ofrenda por el pecado”. En todo momento, Jesús fue el Cordero sin mancha de Dios, y fueron nuestros pecados los que fueron

puestos sobre Él. Toda enseñanza de que Jesús haya tenido que hacer algo además de derramar su sangre y morir en la cruz por nuestra redención, es contraria a las Escrituras. En la cruz, Satanás hizo su mayor esfuerzo y fracasó. En la cruz, Jesús exclamó: “¡Consumado es!” (Juan 19:30), y dijo: “Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu” (Lucas 23:46). Su muerte hizo efectivo el nuevo pacto (Hebreos 9:26; 10:10–14).

1 G. B. Caird, *Principalities and Powers, a Study in Pauline Theology* (Oxford: Clarendon Press, 1956).

2 G. Delling, “STOICHEION”, *Theological Dictionary of the New Testament*, editores, G. Kittel y G. Friedrich, traducción al inglés, G. W. Bromiley, vol. 7 (Grand Rapids: Wm. B. Eerdmans, 1964), p. 684; David R. Bundrick, “TA STOICHEIA TOU COSMOU (GAL 4:3)”, *Journal of the Evangelical Theological Society* 34 (septiembre de 1991), pp. 353–364.

3 Esto nos indica que todos esos dardos de fuego proceden del exterior.

1 Véase el capítulo 18.

1 Consultar J. Hick, *Evil and the God of Love* (Londres: Collins, 1968), y Shilling, *God and Human Anguish* (Nashville: Abingdon, 1977).

2 Véase Barth, *Church Dogmatics*, 3:2: 599; 3:3; 519.

3 D. G. Kehl, “The Cosmocrats: The Diabolism in Modern Literature”, en *Demon Possession: A Medical, Historical, Anthropological, and Theological Symposium*, editor, J. W. Montgomery (Minneapolis: Bethany Fellowship, Inc., 1976), p. 111.

1 Barth, *Church Dogmatics*, 3:3:519.

2 Barth acusaba a Martín Lutero de hablar demasiado sobre el diablo, y señala que los demonios quieren que los cristianos les tengan temor. Barth, *Church Dogmatics*, 3:3:519ss.

3 El novelista Frank Peretti le ha dado apoyo artístico a esta distorsión teológica al concebir al mundo y al destino humano como dominados por las consecuencias de la guerra con los demonios. Véase R. Guelich, “Spiritual Warfare: Jesus, Paul, and Peretti”, *Pneuma*, 13:1 (primavera de 1991), pp. 33–64.

4 A favor de la posibilidad de que los demonios posean el cuerpo de un cristiano, tenemos, por ejemplo, a Derek Prince, *Expelling Demons* (Ft. Lauderdale, Fl.: Derek Prince Pub., s. f.). Para un punto de vista opuesto, véase Opal Reddin, editora, *Enfrentamiento de poderes* (Editorial Vida, 1994), pp. 241–248.

1 La noción de los derechos de Satanás fue apoyada por la teoría del “rescate” con respecto a la Expiación, sostenida por ciertos teólogos latinos tempranos y medievales en el Occidente, y Orígenes en el Oriente. Véase el capítulo 10. También hubo teólogos medievales que intentaron explicar la derrota de Satanás, sosteniendo que Dios lo había “engañado” con un rescate que tuvo por consecuencia su destrucción. Aulen, *Christus Victor*. p. 47; Russell, *Satan*, pp. 192ss.,

215.

² Véase Guelch, “Spiritual Warfare”, p. 59.

³ El vocablo hebreo traducido “lucero matutino” (v. 12) fue traducido como “Lucifer” en la Vulgata latina. De aquí se formó el nombre, en lugar de traducir su significado en latín: “portador de luz”.

¹ Observemos que se le identifica como un hombre que no tuvo un entierro digno (Isaías 14:16–20). Esto se adecúa a Tiglat-pileser (llamado también Pul), quien tomó el título de “rey de Babilonia” dos años antes de morir.

² Se estudia el punto de vista de Rahner en J. P. Newport, “Satan and Demons: A Theological Perspective”, en *Demon Possession, a Medical, Historical, Anthropological and Theological Symposium*, editor, J. W. Montgomery (Minneapolis: Bethany Fellowship, 1976), p. 342.

¹ Russell, *Satan*, pp. 102–103.